


PER BR7 .S65

Solidaridad.



Digitized by the Internet Archive  
in 2016

<https://archive.org/details/solidaridad1219unse>



# Solidaridad

2



Noviembre 1943

B U E N O S      A I R E S



# Solidaridad

REVISTA MENSUAL

Aparece el 1.<sup>er</sup> miércoles de cada mes

Av. Diag. R. SAENZ PEÑA 501, Piso 6.º

U. T. 71 - 8090 - Buenos Aires

DIRECTOR:

Doctor Enrique Benitez de Aldama



*Solidaridad de los Católicos  
Americanos*

*para la unidad del continente.*

*Unidad del continente*

*para la paz del mundo.*

Año I

Noviembre de 1943

N.º 2



*XISTE una sola clase de solidaridad aceptable por todos los católicos y por todos los hombres patriotas de cualquier país del mundo.*

*Y es el Sumo Pontífice Pío XII, quien nos ha dado la doctrina clarísima sobre esa solidaridad que no menoscaba en lo más mínimo el amor a las tradiciones, glorias e intereses de la propia patria.*

*“La Iglesia de Cristo —tomo al pie de la letra las palabras de la Encíclica Summi Pontificatus de S. S. el Papa Pío XII—, no puede pensar en menoscabar y desestimar las características particulares que cada pueblo, con celoso cariño y comprensible orgullo, custodia y guarda cual precioso patrimonio. Su intento es la unidad sobrenatural en el amor universal, sentido y practicado; no la uniformidad exclusivamente externa, superficial y, como tal, debilitadora... No hay que temer que la conciencia*

*de la fraternidad universal, fomentada por la doctrina cristiana, y el sentimiento que ella inspira, se opongan al amor, a la tradición y a las glorias del propio país. . . .”*

*Una solidaridad que no signifique sino acuerdos comerciales, intercambios culturales y aun alianzas militares, ni puede ser durable ni es verdadera solidaridad. Son los valores espirituales (y entiéndase religiosos) los únicos que pueden servir de base para una fecunda y auténtica solidaridad entre los pueblos.*

*Por eso, para la paz duradera tanto en el orden nacional cuanto en el internacional “el orden nuevo del mundo —citó otra vez las palabras de Pío XII— cuando cesen las amarguras y las luchas crueles actuales, no deberá apoyarse sobre la incierta arena de normas mudables y efímeras, abandonadas al arbitrio del egoísmo colectivo e individual, sino sobre la roca inmovible del derecho natural y de la revelación divina”.*

*La convivencia humana y la mutua inteligencia de los pueblos podrá durar, cuando reconocida la dignidad de la persona y los eternos destinos que ella debe conseguir laborarse durante el lapso de la vida terrestre, se cree clima propicio en lo social, político y económico a la vida de la gracia, que debe sobrenaturalizar el comportamiento ético del hombre.*

*Por ello la Iglesia Católica emprende la acción social como un prerequisite indispensable que abra camino a su acción sobrenaturalizadora.*

*Se ha dicho con razón que la obra efectuada en beneficio material del obrero, de las clases oprimidas e impecunes, de la vivienda propia y familiar, del seguro de vida, de la unión gremialista constituye la apologética actual del cristianismo.*

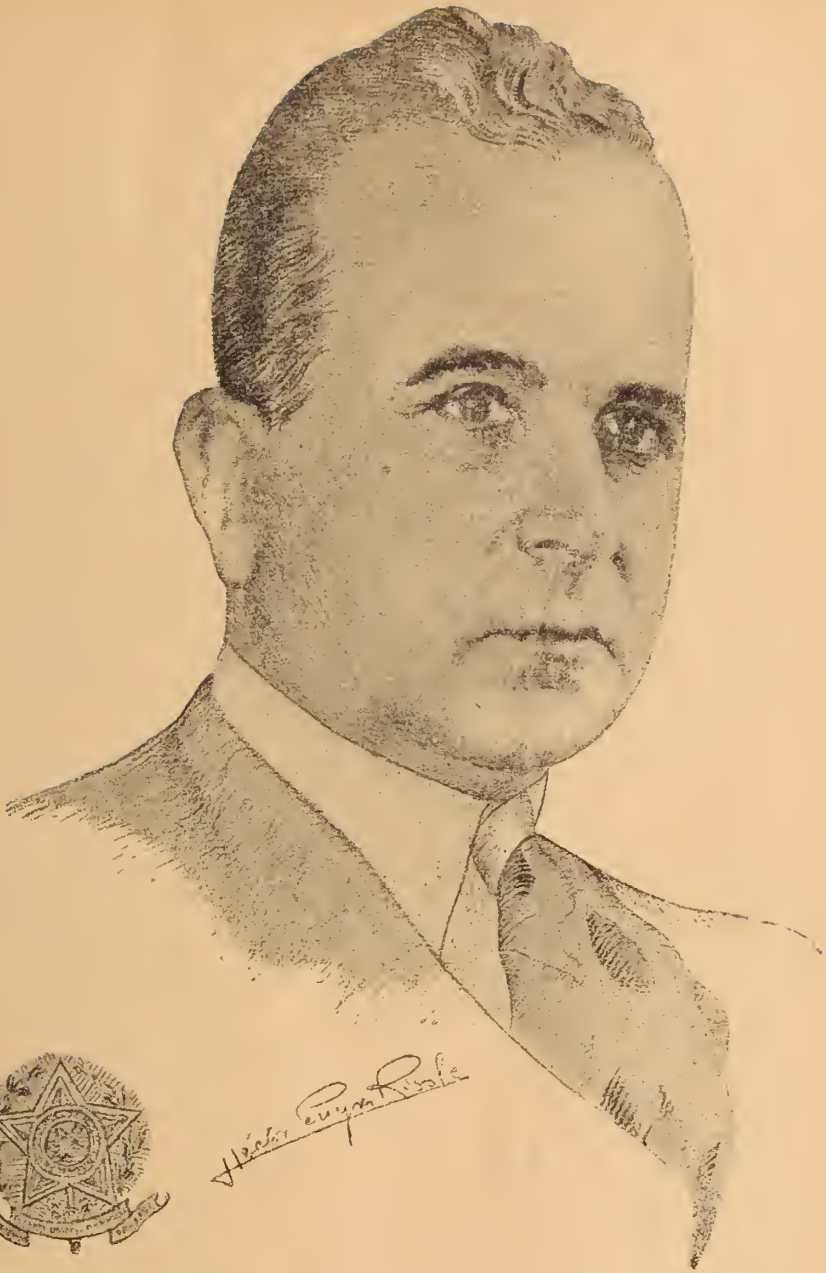
*El día en que los no católicos comprendan que el Evangelio beneficia la vida económica del obrero, que le protege materialmente en las horas de pauperismo y de miseria, habrá conseguido su primera conquista, la de tornarse amable.*

*Ahora bien, el amor a la verdad constituye una imitación irresistible a la fe. Y la fe es la puerta por la cual entra invasora en el alma la Gloria como un torrente de luz.*

*La solidaridad interhumana es fruto del bienestar natural, de la fe y de la gracia. Por ello la acción social constituye hoy la apologética del cristianismo.*

Enrique Benítez de Aldama.





*Excmo. Señor Presidente de los Estados Unidos del Brasil,*

**DOCTOR D. GETULIO VARGAS**

“Los intereses de América son los intereses comunes a todas las naciones del continente. El Brasil, por su parte, está siempre dispuesto a colaborar en la realización de los ideales comunes a sus hermanos de América”.

# Decálogo del Joven Americano

- 1º—Hemos nacido en América, por consiguiente, amamos la libertad y la respetaremos en todas sus manifestaciones.
- 2º—El amor al que vive más allá de la frontera de mi Patria, es verdad y goza dentro de mi corazón americano.
- 3º—Ejercitémonos en la práctica del bien, a fin de que el bien ajeno constituya nuestra más pura recompensa.
- 4º—Desde la escuela y desde la Universidad debemos amarnos, si es que queremos la tranquilidad de nuestros pueblos.
- 5º—Sólo el amor a la paz y a los hombres hará de nuestra América la “Tierra de Promisión de los que sufren”.
- 6º—Alguien dijo: “Benedicid el arado”... digamos todos: bendito sea el arado y el sembrador que lo conduce.
- 7º—La guerra es la muerte; la paz es la vida; celebremos en nuestros cantos la paz y la vida.
- 8º—Hermano de más allá de los ríos y de las montañas, aquí en nuestra patria encontraréis los mismos afectos que dejasteis en la vuestra y, además, el calor de nuestros hogares abiertos.
- 9º—Olvidemos el pasado en todo aquello que pueda lesionar la dignidad de un pueblo hermano.
- 10—Sembradores de ideales, volcad en nuestros corazones juveniles, semillas de amor a Dios, de solidaridad con todos los pueblos, pero también de independencia y personalidad nacional que no se contradice con la verdadera solidaridad, y sabremos ser dignos de nuestros gloriosos emancipadores.



## A O r d e m

Acaba de llegar a nuestra mesa de redacción el número de agosto de la Revista “A Ordem”, publicación brasileña que dirige Alceu Amoroso Lima.

“A Ordem” saluda en este número al nuevo Arzobispo, sucesor del Cardenal Leme en la Arquidiócesis de Río de Janeiro, al Exmo. y Revmo. Sr. Don Jaime de Barros Câmara.

Revista de cultura, como dice su lema, ostenta un importante artículo del P. Paul Siwek, S. J., sobre “Noción de Psicología”, escrito en francés.

“En torno al movimiento litúrgico” que firma Favio Alves Ribeiro dice, entre muchas cosas interesantes, que para salvaguardar “el movimiento litúrgico” es necesario defenderlo de las imputaciones que en torno a él supeditan su legitimidad y ortodoxia. Publicado en portugués.

La lírica está representada por Dimas Antuña con una poesía en castellano “Pila de mi bautismo” y en portugués un poema de Dalva Fossatti, alumna de 2º año de la Facultad de Filosofía, que revela gran vocación poética. Es un valor nuevo para las letras brasileñas.

**Vida Contemporánea**—De México hemos recibido el nº 32 de “Vida Contemporánea” que dirige el Señor Joaquín Cardoso.

El sumario dividido en cinco partes sintetiza *La Vida Contemporánea* en dos artículos: ¿Cuál será la suerte del Capitalismo...? y Democracia Cristiana.

En la sección *La Vida en México* se inserta un discurso del Presidente Avila Camacho a los industriales y obreros y dos artículos más.

En *La Vida en América* “El Vaticano y la Casa Blanca”, por Jean Leroy.

En *La Vida en Europa* “La actitud del Papa”, por Pertinax y “Caso ejemplar”, por el Dr. Antonio Brambilla.

En *La Vida Literaria* interesantes comentarios de libros como “Racismo, Antisemitismo, Anticristianismo”, por John M. Oesterreicher y “Qué es el Hombre”, por Jacques Maritain.



# Hispano - América

Unión total hispano-americana  
en "solidaridad" divino-humana;  
señalados con cruz de paz cristiana.

*Tan sólo mar y cielo se avizora  
y el horizonte extiende cual sudario  
la inmensidad sin fin desoladora.*

*Sobre aquel mar inquieto y solitario,  
tres carabelas siguen su camino,  
rumbo desconocido y temerario.*

*Un hombre, con un norte y sol divino,  
dirige a las gloriosas carabelas  
que, locas, desafían al destino...*

*Brama la tempestad, crujen las velas,  
brincan las navecillas locamente  
sangrando hirviente espuma en las estelas.*

*Y más allá una calma persistente  
sobre el grupo de naves se abalanza  
como diciendo: ¡Loco, al fin detente!*

*Mas Colón, portador de Cristo, avanza,  
intrépido, sublime, con denuedo,  
héroe de la Fe y de la Esperanza.*

*Su gente le señala con el dedo  
como a un insano, luego se conjura  
de no seguirle más, presa del miedo...*

*Hasta que una gran noche, en la espesura,  
Colón que atisba ansioso, allá distante  
divisa un punto rojo, que fulgura...*

*¡Cuánta emoción! ¡Qué gozo delirante,  
inmenso, misterioso y tan profundo  
sintió aquel hombre grande en ese instante!*

*Más tarde se oyó un grito furibundo,  
pues se bosqueja allá una sombra extraña,  
que anuncia el despertar del Nuevo Mundo...*

*Ante el titán de aquella gran hazaña,  
el orbe reverente se descubre,  
gloria a Colón, diciendo, honor a España...  
¡Era la aurora del Doce de Octubre!*

\* \* \*

*El resonante grito: ¡Tierra! ¡Tierra!  
voló por el espacio diligente,  
estremeciendo el llano, valle y sierra;*

*y la rosada aurora en el oriente,  
cuando asomó por la argentada lista,  
bañó de luz más bella al Continente...*

*Pero costó muy cara la conquista  
de esta gran tierra, llena de titanes  
feroces, de una fuerza nunca vista...*

*Allí cobraron fama capitanes  
y mil valientes grandes y bizarros  
como Cortés, Quesada, Magallanes,*

*Gaboto, Enciso, Olid, Luque, Pizarro,  
Valdivia, Ojeda y tantos que la historia  
lleva gloriosa en refulgente carro...*

*Aztecas, Muiscas, Incas... de notoria  
fama, valor y fuerza sobrehumana,  
fueron vencidos, mas llenos de gloria.*

*Así nació la Raza Americana,  
surgió de una epopeya de gigantes,  
centauros de la Cruz y Fe cristiana...*

*Hoy hijos de esa Raza ya triunfante,  
en otra gesta del amor divino,  
les dicen a los pueblos más distantes:  
¡Amaos! ¡Es la Paz vuestro destino!..*

Carlos Patrignani

# AMERICA ¿qué representa para la Iglesia?

O es la Iglesia la que precisa a los pueblos y a los continentes. Los continentes y los pueblos son los que precisan a la Iglesia. Porque los continentes no son nada más que un conjunto de naciones reunidas geográficamente. Y las naciones un conjunto de familias y éstas de personas. Y no hay hombre, por tanto, que pueda siempre realizar las grandes realidades sociológicas. Y como la Iglesia es Dios en la tierra —con mayor o menor conciencia por parte de los que la constituyen—, no es ella la que vive para los hombres, sino éstos quienes viven para ella, pues sólo por ella realizan su destino sobrenatural. Y sin este destino sólo **comprenderíamos los hombres a medias.**

El continente americano, por consiguiente, vale para la Iglesia lo mismo que valen todos los continentes. En éstos lo que ella ve no es más que un conjunto de naciones, de familias y de hombres por cuyo destino debe velar, pues representan, a lo largo de los tiempos, la Encarnación del Verbo, el acontecimiento central de la historia y el comienzo de una nueva era para la humanidad: la era de la naturaleza rescatada por el Sacrificio del Hijo de Dios.

Históricamente, sin embargo, cada continente presenta, para Dios mismo, su aspecto particular y, su existencia, posee un sentido propio y acaso original.

Una vez Encarnado el Verbo, —en esa pequeña nación: punto de unión entre Oriente y Occidente, que es Palestina, y por tanto no en un continente, sino en el centro de todos los continentes de la tierra—, fijó la Iglesia en Roma como en medio de su imperio espiritual. Convirtiéndose Europa en aquel tiempo, naturalmente, en el punto de irradiación inicial del Reino de Dios sobre la tierra. Por muchos siglos así se man-

tiene, con raras intromisiones extraeuropeas, como en las eras apostólicas sucedió con la punta de lanza nestoriana que llegó hasta el extremo oriente y las penetraciones etiópicas en el continente africano.

Con el Renacimiento, comienza ya una nueva época de la vida de la Iglesia. Al mismo tiempo que el continente europeo rompía la unidad cristiana medioeval y retornaba a la antigüedad clásica, repudiando *en parte* la herencia de la Edad Media, la Iglesia lanzaba sus misioneros, allende los mares, en procura de nuevos pueblos que evan-

gelizar y con ansias de renovar su propio espíritu por el retorno al apostolado de los primitivos tiempos.

Pues bien, América fué su gran campo de apostolado. Y si los mismos problemas y los mismos obstáculos del viejo mundo se renovaban en el nuevo y la acción cristianizadora de la Iglesia se repartía, perdiendo con eso algo, o acaso mucho, de la fuerza espiritual aún mayor que unida poseyera,



Tristán de Athayde (A. Amoroso Lima), orientador católico de relieve en el Brasil y en el mundo.

quedó para la Iglesia el más rico y promisor de sus campos de influencia transoceánica: América.

Cuatro grandes tareas se presentaron en América a la acción de la Iglesia, aun dividida: la catequesis de los indígenas, la perseverancia en la fe de los colonizadores, la constitución de las nuevas estructuras eclesiásticas americanas y el cuidado de una nueva cristiandad.

América representaba, ante todo, para la Iglesia la catequesis de las poblaciones autóctonas. Preocupaciones de aquella época eran discutir sesudamente si esos hombres de las selvas fueran realmente de la misma especie que los colonizadores. Lo que se conocía de los no europeos, antes de los Descubrimientos, estaba de tal modo mezclado con leyendas y fantasías, que los mismos aparecían, aun en las obras de los primeros reveladores de los hombres de las selvas américo-africanas, como criaturas monstruosas y repugnantes, hasta inhumanas.

Para la Iglesia, empero, tratábase realmente de hombres como los otros. Y su gran empresa fué inmediatamente llevada a cabo, en toda América, a través particularmente de la acción de grandes órdenes religiosas y sobre todo de los jesuítas, franciscanos y luego de los dominicos, benedictinos y carmelitas, con el fin de conquistar al hombre de las selvas para Dios, de reclutar las nuevas y extrañas multitudes de paganos para el bautismo. Si se tiene en cuenta todo esto, América representaba desde luego para la Iglesia, una enorme extensión del reino de Dios y, en un terreno más directamente social, la incorporación de razas cobrizas o negras al tradicional tronco blanco de las poblaciones europeas.

América representaba, pues, para la Iglesia, en los tiempos de catequesis, la incorporación de nuevos hombres a la cristiandad tradicional y la mezcla de razas, con la lenta desaparición de los prejuicios racistas. Digo *lenta* porque la acción de la Iglesia fué extraordinariamente perturbada y retardada, ya por los prejuicios de la época, ya por las exigencias de otros factores que actuaban junto a lo espiritual, como eran el imperialismo político y el capitalismo. Aquél retardó cuanto pudo la autonomía del nuevo continente, en servicio de sus intereses; éste desarrolló la esclavitud como elemento indispensable para la explotación económica del nuevo continente. Y con

la esclavitud surgieron toda una serie de problemas históricos y morales que afectaron aun a la estructura íntima de las familias y a la cualidad de la misión religiosa para el nuevo mundo. La Iglesia procuró *corregir* los males de la esclavitud, entreverando, según su modo tradicional de obrar, una dosis de responsabilidad moral a los señores en sus relaciones con los esclavos. También hoy representa la conversión de los gentiles uno de los campos de acción característicos de la Iglesia en América. En ocasiones se ha combatido esa acción como tendiente a destruir esos pueblos o a desvirtuar sus civilizaciones tradicionales. Existe, además, una oposición basada en un falso supuesto al creer que la naturaleza humana no es universal y que son justas y sanas las costumbres particulares que gobiernan, como suprema medida de valor, la existencia y las normas de vida de cada pueblo. Ahora bien, la Iglesia, siendo la mensajera de la verdad, y viendo que sus hijos tan pocas veces están a la altura de su inmensa responsabilidad, no trata a los pueblos como a seres imaginarios, sino que acepta indistintamente el bien o el mal que en ellos existan. Si, al mismo tiempo de la extirpación de los errores y vicios y de la obra de catequización emprendida, se siguió la pérdida de características perfectamente legítimas o la explotación y consiguiente destrucción de muchos pueblos indígenas, la culpa de esto no fué de la Iglesia o de la catequesis, sino de la colonización profana que miraba más su propio lucro, que civilizar; más servirse de los indígenas, que servirlos: todo lo contrario de lo que hacían los misioneros.

América exigió, de inmediato, a la Iglesia la preservación de la Fe de los colonizadores. Sabemos bien lo que significaba la travesía del Ecuador para los hombres de aquel tiempo. "Para los del Ecuador no hay pecado" fué un dicho corriente entonces. Para la Iglesia era tal vez más ímproba la labor entre los colonizadores que entre los propios indígenas. Y era más fácil llevar a Cristo a quien no lo conocía, que retornar a Cristo al que lo negó. Pues esas multitudes de colonizadores venían a América con un espíritu muy difícil de amoldarse a las exigencias de una disciplina moral. Entre los colonizadores, por tanto, en la cotidiana labor de educación moral e intelectual, América fué para la Iglesia, desde el primer

momento, un inmenso campo de reconquista de las almas para Dios y de corrección de todas las concupiscencias, que las pasiones del cuerpo y del espíritu introdujeron en el nuevo mundo. Desde las heladas tierras del Canadá hasta las nevadas de la Patagonia, pasando por los climas más tórridos e inhóspitos de la zona ecuatorial, formáronse clases sociales de cultura variadísimas y núcleos civilizadores en medio del desierto, en los que la acción de la Iglesia se dejó sentir de modo decisivo, así en las ciudades como en los campos.

América, sin embargo, reaccionó contra la Iglesia. La corrupción de las costumbres, la soledad, los nuevos fermentos ideológicos importados, los abusos del feudalismo local, la ignorancia de unos y de otros, la formación sacerdotal incompleta, todo eso produjo una reacción contra la labor de la Iglesia y engendró graves problemas para el establecimiento de la Fe en el Nuevo Mundo.

Desde el principio se ofrece por consiguiente la necesidad de engendrar estructuras eclesiásticas propias, en el Nuevo Mundo, lo que constituye el tercer gran problema de la Iglesia en su expansión americana. Como sucede hoy, entonces también en los pueblos de misión, tanto en el extremo oriente como en Africa, se encontraba la Iglesia en la necesidad de conceder una creciente autonomía local a la jerarquía. Las diócesis, pocos decenios después del descubrimiento, comenzarán a desligarse de sus dependencias metropolitanas y, en los desiertos del Nuevo Mundo y en las poblaciones más importantes, comenzarán a surgir vocaciones religiosas locales y se impondrá la formación regional de nuevos miembros de jerarquía eclesiástica. Fundáronse seminarios. Erigiéronse diócesis. Formóse la estructura local de los organismos eclesiásticos, que fué como el cartílago espiritual que, a despecho de todos los obstáculos previstos o imprevistos, vino a constituir, con el tiempo, la estructura de la cristiandad americana. Esa estructura sufría del mismo mal que la de su origen, la europea: la bifurcación católico-protestante. Y de aquí una creciente separación cultural entre las dos neo-cristiandades americanas. La católica, resistiendo más fuertemente a la infiltración de los movimientos culturistas; la protestante, sin autoridad única, sin jerarquía, sin un acervo dogmá-

tico estable, dejándose invadir de modo creciente por el ambiente civil secularizado y por eso abandonando el patrimonio religioso tradicional y confundiendo cada vez más con la cultura seglar por una preocupación exagerada de comprensión.

La cristiandad americana, que pasara por el período catequístico y por el orgánico, alcanzó, con la independencia de los países americanos, una época de infiltración creciente de aquello que podemos llamar el *mundanismo*. Era, como ya vimos, el espíritu del mundo representado en los países católicos por el *regalismo*, esto es, por una intervención exagerada de los Estados en los negocios de la Iglesia. A raíz de esto surgieron reacciones contra ella también por el desenvolvimiento que en todos esos países tuvieron, a partir de la independencia, la Masonería y otros movimientos anticlericales y anti-eclesiásticos. En la América protestante, esa desfiguración de la cristiandad se operaba por la acción creciente del liberalismo o de la democracia, esto es, del reflejo del individualismo dominante en el cuerpo de la cristiandad colonial. Y con eso se introducían especies peligrosas de disociación y de corrupción, que afearon grandemente la imagen de la propia cristiandad americana y la llevaron, en casi todos los países católicos a choques como el que en Brasil fué representado por la "Cuestión Religiosa"; y en América del Norte a una creciente dilución del espíritu cristiano en un vago sincretismo religioso, más o menos sentimental y subjetivo. Ese estado de espíritu creó, en toda América, como en toda Europa, y un poco en todo el mundo, un ambiente psicológico extremadamente favorable a aquello que podríamos llamar los *mitos de nuestros tiempos*, de que ha poco nos hemos ocupado en un estudio especialmente dedicado a este asunto.

Esa desvirtuación de la cristiandad de la colonia, en el curso del período intermedio entre la era colonial y nuestros tiempos, es lo que lleva hoy en día a nuevos problemas que surgen, con las nuevas circunstancias porque atraviesa el mundo, y que colocan a la Iglesia, en toda América, cara a cara frente al cuarto problema a que en otra parte hemos hecho mención: el de la *nueva cristiandad*.

Fué el gran Pío XI quien dió la mejor definición de la América actual y futura,

cuando dijo que "América era la grande esperanza de la Iglesia en el siglo XX".

Todo está dicho en esas pocas palabras; la importancia de América; las condiciones de su acción sobre el "nuevo orden"; la confianza de la Iglesia en sus posibilidades.

Por la revisión, aunque superficial, que acabamos de hacer del problema americano bien se ve que América está viviendo hoy su primer gran momento *universal*. Tres siglos de coloniaje y un siglo de independencia permiten a América entrar en el siglo XX con las condiciones necesarias para iniciar una nueva fase de su civilización: la expansión extracontinental. América, que fué en el siglo XVI fruto de la *expansión europea*, y que a partir del siglo XVII elaboró, de modo más o menos orgánico, su propia civilización, está hoy en el umbral de una nueva era, en la historia de su propia formación. Si el *coloniaje* fué el carácter de sus primeros siglos hasta 1750; si el *mundonovismo*, como dicen los hispanoamericanos, fué la preocupación de la segunda fase de su vida continental, estamos ahora en los comienzos de una tercera fase que podríamos llamar de *universalismo*, porque significa el tránsito del *aislamiento* a la participación o, como diría Meumann, el paso de una civilización *tectónica* a una civilización *atectónica*, de una acción de *mandato cerrado* a una acción de *mandato abierto*. En suma, América que en la guerra de 1914 ya tuvo experiencia de una *política mundial*, aunque limitada, vuelve ahora, después de un período de retraimiento y aislamiento, franca y abiertamente, a su condición de ser en el siglo XX. La doctrina de Monroe era la de América para los americanos. La doctrina de Roosevelt es de América para la humanidad. Y la entrada de Brasil en la guerra es uno de los resultados lógicos de su integración en el destino *universalista* de la América del siglo XX.

Esta es la gran hora de América, y la importancia que Roosevelt asume en el siglo XX es idéntica, en vista de las nuevas condiciones del mundo, a la de Lincoln, en el siglo XIX, al emprender la unificación de los Estados Unidos.

La "good-neighbouring policy" —la política de buena vecindad— de Roosevelt tiene una considerable importancia en la historia de América, pues viene a substi-

tuir la política de competencia y de imperialismo por la de cooperación y de trabajo orgánico. Por estos motivos, respondiendo hace tiempo a preguntas de algunos amigos sobre el pelibro del poder norteamericano con relación a la América Latina, decía que yo no temía a la fuerza norteamericana, sino a su franqueza. Y, sin embargo, el resultado, no ha mucho, de la lucha contra los japoneses y alemanes no era a propósito para desmentir esos temores. No creo exista el peligro en lo futuro de un imperialismo político o económico norteamericano, aunque subsista el peligro del imperialismo cultural. Pues el *yanquismo*, antiamericano y anticristiano, encontrará en cada país de América, como aliado, un *americanismo*, tan antiamericano y anticristiano como él. De modo que las reservas de América Latina ante la América inglesa deben desaparecer, aunque defendiendo cada una rigurosamente lo suyo propio "way of life" y dar lugar, realmente, a una política de aproximación y entendimiento cordial y unificado. América debe, cada día más, aparecer como una gran unidad continental.

Otra cualidad de la política de Roosevelt, ahora en el plano de las ideas y de los principios, es haber vencido una época de sectarismo o de reserva respecto a las *fuerzas espirituales* y haber sustituido la política de laicismo integral por una de colaboración más íntima con las *fuerzas espirituales*, representadas en los Estados Unidos por las tres confesiones religiosas: católica, protestante y judía.

Bien sabemos, desde el punto de vista católico, —que es en el que siempre nos colocamos, porque es el de la verdad total: ya que la Iglesia es el Cristo vivo, Cristo es Dios y Dios es la Verdad— bien sabemos los peligros que acarrea esa colaboración indistinta y los de todo sincretismo religioso, síntoma de las épocas de decadencia espiritual. Por eso mismo, no negamos la gravedad de las condiciones universales y también americanas de la Iglesia y de los terribles obstáculos que la mentalidad moderna opone a la propagación de la Verdad. No tengo la más pequeña ilusión sobre los errores, confusiones, dificultades casi insuperables para la realización honesta de una nueva cristiandad. Y soy de los que más han clamado contra las amenazas del americanismo convencional y, en el caso de los Esta-



dos Unidos, del *yanquismo* ateísta, amenaza constante contra lo que hay de mejor, tanto en la América inglesa, como en la América latina.

Nada de eso impide que debamos ser objetivos suficientemente para saber colocar en su lugar los peligros y no dejarnos vencer ni por el optimismo, ni por el pesimismo. Mirar de frente la realidad y conservarse frente a ella en actitud de "imperturbabilidad" tan recomendada por el Santo Padre Pío XII, gloriosamente reinante, ése es el deber de los hombres de buena fe, cara a los acontecimientos. Y de los americanos realmente cristianos frente al problema de América y de la Nueva Cristiandad.

América está, pues, en el umbral de una tercera época de su existencia, cuya primera fué dominada por el *espíritu colonial*, la segunda por el *espíritu de independencia* y la tercera por el *espíritu de proyección sobre el mundo*.

La grande interrogación, pues, que se levanta en el horizonte es saber si América se encuentra ya en condiciones de asumir esa responsabilidad, que en los siglos anteriores estuvo casi exclusivamente reservada a Europa. El problema es de tal envergadura que no se puede en las últimas líneas de un artículo ya demasiado largo, ni siquiera delinearlo. El futuro dirá realmente si fué o no prematuro nuestro tránsito del período orgánico, de formación local, a un período dinámico de expansión transcontinental. Toda conjetura será precipitada, pues los elementos favorables y adversos se contrabalancean. La vida de los pueblos y de las civilizaciones, sin embargo, no permite, sobre todo en estos días, una fase de preparación separada de un período de acción. La preparación se hace *durante* la acción, en la mayor parte de los casos, aunque el buen sentido preceptúe lo contrario. Y es que la vida tiene fuerzas imperiosas que desafían al propio buen sentido. América está lanzada ya en una época de su existencia a una aventura que podrá ser malograda y acarreará un retorno, por un siglo, a su organización local, o al comienzo realmente de su colaboración efectiva en el Nuevo Orden del mundo. Esa es, para mí, la hipótesis verdadera. Vamos a comenzar a vivir, en suma, nuestra gran hora.

Sucede, pues, que ese tercer período de

la vida americana coincide con una crisis universal de la civilización. Y en este punto es donde la palabra de Pío XI tiene una gran importancia y que América puede tener gran interés para la Iglesia. Esta considera todas las cosas desde el punto de vista de Dios, luego no hace distinciones entre pueblos, ni razas, ni civilizaciones, ni continentes. La Iglesia es por naturaleza *católica*, o no es Iglesia de Verdad. Pues la verdad es universal en su esencia. Por eso mismo, el interés que América tiene para la Iglesia no reside sino en el interés que cada alma, cada pueblo, cada continente *tiene* en sí mismo, para la Santa Iglesia y para las confesiones religiosas que de ella se desprenderán a lo largo de los siglos, o para la Sinagoga que la precedió y la anunció, durante el período en que la "ley de la condenación" aún no había sido substituída por la "ley de la justificación", pues como dice San Pablo: "*Si ministratio damnationis gloria est; multo magis abundat ministerium iustitiae in gloria* (II ad Cor. 3, 9).

La Iglesia es la propia distribuidora de la justicia, como la Sinagoga lo fuera de la condenación. Por eso, los hombres, las naciones y los continentes tienen para ella, además de su propio valor, un valor *común*. Y cuando Pío XI nos dice que América es una esperanza de la Iglesia en el siglo XX, es un valor *común* de América y no el propio valor el que él pregona. No es, además, una dignidad y sí una responsabilidad la que nos confiere, pues acredita que América puede ahora colaborar en aquella "reforma de las instituciones y de las costumbres", que en la "Cuadragésimo Año" se determina como base de toda nueva cristiandad. Y de América es de donde puede nacer esa Nueva Cristiandad.

La "distribución de la justicia", el "*ministerium iustitiae*" que es la propia función esencial de la Iglesia, coloca siempre a ésta frente a las civilizaciones, en una posición de *eminencia*, sin estar alejada, y de *participación*, sin confundirse con aquellas. Cuando los interesados en la victoria de un nuevo orden sin Dios, sin Cristo y sin Iglesia o con la Verdad subordinada al Poder Político, nuevo Leviatan, como quieren los dos grandes totalitarismos que en este momento se destrozan —el totalitarismo nazi y el totalitarismo comunista— cuando esos interesados o sus "fans" (1)

(1) Pregóneros.

claman contra la "intervención de la Iglesia en la política", están obedeciendo a una concepción neopagana de la vida, que relega a la Iglesia al fuero íntimo de cada persona o, lo que es aún peor, subordina los fines de la Iglesia a los fines y al poder del Estado.

Ahora bien, sabemos ciertamente que la Verdad no se inclina delante del Poder y, por el contrario, sabemos que todo poder legítimo deriva de la Verdad y por tanto de Dios. La Iglesia, pues, no puede desinteresarse del Nuevo Orden y por eso Pío XII antes que los legisladores y los vencedores tracen las condiciones futuras de Paz, ya habló sobre vencedores y vencidos —si es que los habrá, pues hay guerras tan formidables, en que todos son vencidos—, Pío XII ya trazó los grandes principios sobre los cuales debe necesariamente basarse toda y cualquier Paz, que pretenda ser el comienzo de un Nuevo Orden cristiano y no pagano.

Y para colaborar en esa Paz precursora de una Nueva Cristiandad la Iglesia cuenta con América, como ya lo dijieran tanto León XIII, como Pío XI y Pío XII, en cartas dirigidas por los dos primeros a los obispos americanos, como por la Encíclica del último Papa, gloriosamente reinante, sobre la verdadera y la falsa prosperidad, dirigida el 1º de noviembre de 1939 a los Estados Unidos, en su representación jerárquica episcopal.

Por eso mismo, encontramos en la famosa sentencia de Pío XI la afirmación de la importancia de América y el reconocimiento de que en ella existen, a pesar de todos sus errores y pecados, condiciones para participar decisivamente en la preparación de un Nuevo Orden Cristiano para el mundo de mañana; aún más, la confianza y la esperanza de la Iglesia en las posibilidades de América, para esa inmensa y casi sobrehumana empresa.

Si la Iglesia, por tanto, representa y siempre representó para América su defensa contra sí misma —pues al considerar al americanismo como una casi herejía la Iglesia está defendiendo a América contra sí misma—, América por otra parte representa para la Iglesia la grande esperanza del siglo, porque en ella ve condiciones, ausentes hoy de cualquier otro continente, para colaborar decisivamente en la Nueva Cristiandad no edificada ya más con la base

de la *riqueza*, como fué la civilización burguesa que dominó a América en el siglo XIX y fué el fruto del capitalismo renacentista, sino con cimientos de *justicia*.

Tanto en el campo *político*, como en el campo *económico*, como en el *cultural* es necesario que América, si quiere estar a la altura de las esperanzas de la Iglesia, se coloque al servicio de la *Verdad* y del *bien* y no del *individualismo*, del *naturalismo* o del *ateísmo* que han envenenado su existencia.

No basta hablar de Democracia. Trátase de saber *de qué* Democracia se trata pues hay una buena y una falsa democracia. No basta hablar de *Libertad*. Trátase de saber *de qué libertad* se trata. Pues hay una buena libertad y otra falsa. No basta hablar de Educación. Trátase de saber *de qué educación* se trata. Pues existe una buena y una falsa educación. No basta hablar de *Cultura*. Trátase de determinar *de qué cultura* se trata. Pues hay una buena y una falsa cultura. No basta hablar de *Igualdad y Fraternidad*. Trátase de saber *de qué igualdad y fraternidad* se trata. Pues hay una buena y una falsa igualdad y una buena y una falsa fraternidad. Y así sucesivamente de la Producción, del Progreso, de la Humanidad, de la Ciencia y de todos los *valores* con que la nueva América procura justificar sus derechos para intervenir en los problemas del mundo.

## CONCLUSIÓN

América es un continente, una sociedad y una cultura, formados por la concurrencia de los mejores y de los peores elementos de los tiempos modernos. Cuando consideramos sus inmensas variedades continentales tan dispares entre sí —con problemas aun geográficos tan terriblemente difíciles de resolver como el del Amazonas, por ejemplo— cuando consideramos la sociedad americana, dividida en civilizaciones tan remotas entre sí, que abarca desde la época de la madera de los indios de la parte más intrincada del Oeste, hasta la época del cemento armado, de las grandes capitales en todo el continente, dividida en clases a veces tan distantes por la educación, por las costumbres, por el sa-

ber y por la fortuna, y seccionada en naciones que luchan entre sí, por motivos idénticos a los de todos los nacionalismos del mundo;

cundo consideramos la cultura americana, tan distanciada de la verdad, tan preocupada de originalidad, tan privada de un centro de gravedad cualquiera y tan absorbida por una ciencia negadora de los principios metafísicos y teológicos de toda auténtica cultura;

cundo contemplamos ante nuestros ojos el espectáculo de los tremendos obstáculos que se interponen entre el americanismo de hecho y la América con que soñábamos, una ola de pesimismo nos invade y nos induce a creer en la imposibilidad de esperar nada de América y que lo que esperábamos del Nuevo Orden será la repetición, en peor escala, del viejo orden que las guerras, las revoluciones, las crisis y los mitos del siglo XX han estado destruyendo.

Nada de esto es imposible ni aun improbable. Y el pensamiento de la PARUSIA es por ventura aquél que más preocupa hoy día a los cristianos no diré *verdaderos*, pues sólo Dios sabe quiénes son verdaderos cristianos, pero al menos a los que procuran vivir su Fe, en obediencia a la Iglesia, a su doctrina y a su espíritu.

Se puede decir que de las palabras de Dios, aquellas que más nos atañen hoy día son las que están contenidas en el *Apocalipsis*. La lectura del Apocalipsis es aquella que hoy más nos atrae, tal vez porque vivimos momentos últimos de la historia. Y tal vez el retorno de Cristo esté ya más próximo a nosotros, de lo que juzgaban nuestros padres y nuestros abuelos.

Por otra parte, sin embargo, sabemos por la historia que la proximidad de un milenio trae consigo preocupaciones de este orden. El fin del mundo nos preocupa, a nosotros que nos aproximamos al año 2000, como preocupó a nuestros antepasados remotos, cuando se acercaba el año 1000.

Entonces ¿la desesperación es la única solución? Si el Nuevo Orden fuese repetición del Viejo Orden; si la Nueva América fuese continuación de la Vieja América y la aventura de universalidad del Nuevo Mundo estuviese de antemano condenada al fracaso, como lo estuvo, en los

siglos pasados la gran aventura del Viejo Mundo; entonces solamente la Muerte podría ser nuestro consuelo y nuestra amiga. Y el suicidio como solución es lo que escogen los Stefan Zweig de nuestros días, como fué la solución que escogieron los Petronios, al final del Imperio Romano.

Nosotros somos, empero, hijos de la Esperanza y no de la desesperación. Y cuando Pío XI nos dice que América es la esperanza de la Iglesia en el siglo XX debemos tomar esa palabra cual lábaro y hacer frente a todos los obstáculos.

Contamos con grandes precursores en nuestra historia. Durante la época más difícil de la depuración de la misión evangélica en América florecieron en esta tierra genios políticos y verdaderos confesores de la Fe como el extraordinario García Moreno, cuyo nombre es una bandera; como D. Vital, el restaurador de la fe católica en toda su pureza, en el ambiente regalista de nuestro Imperio; como un José María Estrada en la Argentina; como un Zorrilla de San Martín en el Uruguay, como tantos otros cuyos nombres podrían cubrir muchas páginas y que constituyen el conjunto glorioso de esos héroes de la Fe, que defendieran en América la verdadera cristiandad y prepararan en las peores horas de su historia las esperanzas de un futuro mejor.

Abrese para América, en el siglo XX, el mayor período de su existencia. No solamente para ella sino también para el nuevo orden del mundo y para la nueva cristiandad. Y es el momento de vencer, o atenuar al menos, sus males hereditarios y de aprovechar las condiciones favorables de su existencia, para ser realmente la esperanza de la Iglesia y por tanto de la justicia y de la verdad.

Defender la *Personalidad* humana y la Familia, contra los embates de un estatismo creciente o contra la anarquía de un individualismo disolvente; defender la *Libertad* dentro de los límites de la naturaleza de las cosas, contra los abusos del liberalismo y del socialismo, y pugnar por la primacía de los valores sobrenaturales y metafísicos, contra un materialismo cultural avasallador; defender la *amistad*, volviendo a colocar en los fundamentos de las relaciones jurídicas nacionales e interna-

cionales los valores morales, humanizando, de este modo, de nuevo al hombre contra la deshumanización de la cultura motorizada de nuestros días y contra una técnica que convierte al hombre en esclavo de la materia; todo esto es la misión que América puede aportar al Nuevo Orden del mundo, si sabe ser fiel a su pasado realmente cristiano y no se deja intoxicar por los microbes que envenenaron su historia y la hicieron aparecer como cómplice de todos los errores contemporáneos. La contribución de América a la civilización del siglo XX depende, pues, en gran parte, de su fidelidad a las enseñanzas de la Iglesia. Y si la Iglesia encuentra en ella motivos de esperanza es que, a pesar de todo, ve en ella valores insustituibles de energía, entusiasmo, confianza en la vida, juventud espiritual y capacidad de fe.

Huyamos, pues, de todo pesimismo desanimador, como de todo optimismo infundado, que nos ha proporcionado a todos, y de modo muy especial a nuestros hermanos del Norte, las más amargas desilusiones.

Así como puede América perder la guerra, —en ésta, la mayor audacia y aventura del siglo— también puede perder la victoria si ésta trajere consigo el orgullo y los errores del *americanismo* y no las cualidades tradicionales de la América cristiana.

Nuestra empresa es, hoy en día, tan grande o mayor que la de nuestros gloriosos predecesores que defendieron en América, contra el americanismo, la herencia gloriosa de los antepasados cristianos. Si solos nada somos, reunidos seremos algo. Si por nuestra naturaleza humana nada podemos, lo lograremos todo si permanecemos fieles a la luz de la inspiración divina. Si nada alcanzásemos teniendo presente nuestra gloria particular y temporal, de cada uno de nuestros países o acaso la grandeza colectiva de nuestro continente; todo será distinto si nos preocupa la Gloria de la Iglesia: esto es, la unión de todos los hombres en la Verdad, la santidad de todas las almas en el Bien, la universalidad de todos los continentes en la Justicia, la supremacía absoluta del Verbo de Dios por encima de las palabras de los hombres. Solamente así haremos de un continentalismo estrecho un universalismo auténtico y duradero.

Si así lo hacemos, con humildad, con caridad, con simplicidad, con espíritu infantil en nuestros corazones *y con el alma escudada contra todas las decepciones posibles*, venceremos el desaliento frente a todos los obstáculos y oiremos siempre en lontananza el límpido coro de las esperanzas divinas, que nunca enmudece.

*Alceu Amoroso Lima*



# SUMA TEOLÓGICA

Edición Castellana

OBRA COMPLETA

Versión directa del latín

por D. HILARIO ABAD DE APARICIO

Revisada, anotada y con las debidas licencias.

La obra cubre de una de las mayores inteligencias de todos los tiempos:

SANTO TOMAS DE AQUINO

Edición dirigida por

LEONARDO CASTELLANI, S. J.

Dividida en tomos, pagaderos contra entrega

de cada tomo \$ 5.— m/n.

(La obra no excederá de 20 tomos)

SE VENDERÁ EXCLUSIVAMENTE POR SUSCRIPCION  
PROXIMA A CLAUSURARSE

Esta es limitada y se imprimirán tan sólo los ejemplares suscriptos.

El último tomo llevará, por estricto orden de presentación  
los nombres de los suscriptores.

CLUB DE LECTORES

Aristocracia en Libros

Avda. DIAGONAL NORTE 501 — piso 6º

BUENOS AIRES — (U. T. 34, Defensa 6251)



Condiciones de suscripción a la edición de la Suma Teológica de Santo Tomás de Aquino,  
que en edición debidamente autenticada, publicará el  
CLUB DE LECTORES, Avda. Roque Sáenz Peña 501 - Buenos Aires

I

Se editará únicamente el número de ejemplares necesario para cubrir las suscripciones.

II

El suscriptor firmará la solicitud correspondiente y a la misma adjuntará la suma de veinte pesos moneda nacional argentina, cuyo importe se imputará al pago del primero y los tres últimos tomos de la edición, los cuales les serán enviados a domicilio.

III

El suscriptor abonará por cada uno de los demás tomos la cuota básica de cinco pesos moneda nacional argentina.

IV

La edición será en las medidas de 21 cm. por 15 cm., semejante a "Introducción a la Filosofía" de Jacques Maritain, publicada por esta misma editorial en el año 1943.

V

Los envíos se entienden puestos en la Ciudad de Buenos Aires.

Como atención especial a los suscriptores del interior que lo soliciten, se les remitirá por correo certificado contra reembolso, salvo el caso de que desee girar adelantado el importe. Los gastos de envío serán gratuitos.

En los lugares del interior donde no exista servicio de contra reembolso y para el exterior en todos los casos, se debe girar por adelantado el importe total o comprometerse a girar el valor de cada ejemplar por adelantado.

SUSCRIPCION A LA  
**SUMA TEOLÓGICA**

Edición Castellana

OBRA COMPLETA

Editada por el

**C L U B D E L E C T O R E S**

Aristocracia en Libros

AVENIDA DIAGONAL NORTE 501 - piso 6º

BUENOS AIRES — (U. T. 34, Defensa 6251)

Bajo la dirección del

R. P. LEONARDO CASTELLANI, S. J.

Yo .....  
(nombre y apellido completo)

con domicilio en la calle ..... Nº .....

de la Localidad de ..... F. C. ....

Provincia o país .....

deseo suscribirme a la SUMA TEOLOGICA de Santo Tomás de Aquino, que en edición castellana debidamente autenticada y en número limitado únicamente a los suscriptores, publicará el Club de Lectores.

Adjunto a la presente la suma de veinte pesos moneda nacional argentina (\$ 20.-  $\frac{2}{100}$ ) en ..... Ese importe se aplicará al (indíquese si es efectivo, cheque, giro, y en estos casos el número) pago del primero y tres últimos tomos de la publicación.

Acepto las condiciones de edición que figuran al dorso y deseo abonar la suscripción.

.....  
(contra entrega de cada tomo, adelantado, contra reembolso postal, etc.)

La cuota inicial de suscripción quedará en concepto de indemnización al editor en caso de que el suscripto decidiera suspender o interrumpir la suscripción o no fuera puntual en el pago de cada tomo a medida que se le fuera entregando.

Los ejemplares deben remitirse a

Nombre de .....

Calle ..... Nº .....

Localidad ..... F. C. ....

Provincia o país .....

A los efectos de figurar en el último tomo de la obra debe imprimirse el nombre siguiente:

.....

# MIRILLA DE AMERICA

## Democracias, colectivismo y persona humana

JAMAS llegarán a concretarse las causas reales de la guerra. Porque ella es resultado de sistemas complicadísimos de fuerzas, que actúan desde flancos muy diversos. Los culturalistas creen que precipitó la contienda un propósito germano de dominación europea universal, o que la guerra constituye un choque de dos culturas. Se decide, aseguran ellos, cuál de esas culturas ha de imponerse en el mundo, si la europea o la aria, si la clásica sostenida por Inglaterra, la cual cualquiera fueren sus avatares descansa sobre leyes inconvencibles de derecho, o si la filosofía neo-vitalista, según la cual se estructuran a antojo los principios del orden internacional o se los suprime cuando tal supresión interesa a un anhelo de dominación universal pan-hegeliana.

Los filósofos de la historia atribuyen el bélico suceso a una tentativa europea de unidad política, pareja a las que procuraron Carlo Magno, Otón I, Federico Barbarroja, los Hansburgos, Luis XIV y Napoleón, sin haberse obtenido todavía, pese a los diversos esfuerzos, la unidad alcanzada por el Imperio Romano.

Los políticos hallarán en este temporal de hierro y de muerte la gravitación espontánea, ineludible y fatal de la evolución internacional de Europa. Se acongojan ellos temiendo que como resultado del proteico tormento desaparezca el derecho internacional democrático que defiende la libertad y la autarquía de las naciones pequeñas, débiles e inermes. Y creen preciso que los grandes estados sancionen un nuevo derecho económico-social que, al hacer interdepender los pueblos en sus mutaciones aduaneras y en el intercambio de sus productos indígenas, se eviten los excesos en lo económico por parte de las naciones ricas; lográndose de esta manera abaratar la vida y repartir con equidad en los pueblos pobres los alimentos indispensables y las materias primas.

Los sociólogos atribuyen el desastre a una eclosión de la tácita y sorda hostilidad

del proletariado contra la plutocracia; o de las dictaduras contra las democracias. Una democracia internacional, que pretenda ser cristiana, y, por consiguiente, conservadora de la tradición cultural del pasado ha de caracterizarse por su respeto a la igualdad entre todos los pueblos, sean ellos fuertes o débiles. Aunque es comprensible que en beneficio del bien común de la persona y en favor de la fraternidad humana no ha de demorar el día en que deberá limitarse el poderío y la riqueza de los estados archipotentes. Porque los supercapitalismos nacionales son tan atentatorios a la justicia como los supercapitalismos individuales, frutos de la doctrina liberal individualista anticristiana.

Los economistas descubren en el maremagnum hodierno el primer episodio de una revolución de las masas impecunes contra los detentores del oro y de la riqueza material del mundo. Es decir, contra los mil plutócratas que poseen las cuatro quintas partes del tesoro universal.

Los historiadores, por su parte, hablan de la exasperación germana ocasionada por el tratado de Versalles, y de represalias inspiradas en el fracaso de la guerra de 1914. A su vez, los psicólogos nos dicen que se trata del levantamiento de un pueblo rencoroso, el cual esperó el momento de debilidad militar del enemigo para arrojarse sorpresivo sobre él, con todo el empuje de su formidable maquinaria bélica. Los etnólogos procuran derivar el temporal europeo de la necesidad imperiosa de espacio territorial o vital, pretextando que él era ineludible si Alemania debía dar desahogo a su pasta humana demasiado densa, por haberle sido amputadas las colonias tras el insuceso de la pasada guerra.

Los internacionalistas interpretan el hecho gigantesco como si fuera una colisión de derechos y de fueros nacionales. Y lo atribuyen al colapso de la supercultura material y de la superproducción maquinaria. Ven asimismo en él un choque de derechos económicos nacionales en que más tarde o más temprano habían de estrellarse los especuladores de la riqueza internacional y de la gran banca. Los financistas

hallan tan sólo en la presente conflagración una dolorosa ruptura de la interdependencia aduanera de las naciones.

Con temible poder de abstracción, los metafísicos nos dicen que se debate nada menos que la primacía entre la persona y el estado, el individuo o la colectividad, por la hegemonía ontológica de los valores. Vale decir: discute la guerra si en el orden de los fines el estado habrá de desempeñar la función de medio y deberá, por consiguiente, supeditarse a la felicidad temporal y eterna de la persona, o si ésta debe ceder al colectivismo sacrificando su felicidad temporal y eterna al éxito mundano del proletariado, de la masa o de la raza; como sostienen las doctrinas nazis y bolcheviques tan emparentadas.

No hay duda que ha hecho fortuna la fórmula: "*Democracias contra Dictaduras*" con la cual se expresan las causas del mundial zarandeo bajo una luz política.

Finalmente los Teólogos, después de habernos notar que el Evangelio puede informar y de hecho a lo largo de la historia ha informado los más variados regímenes sociales, políticos y económicos; después de advertirnos que existieron dictaduras cristianas y por consiguiente teístas, y dictaduras anticristianas y ateas; y que la democracia puede a su vez ser cristiana o anticristiana, discuten qué estructura práctica de vida en lo social, en lo político o en lo económico favorecerá al reinado de lo sobrenatural cristiano, el cual puede florecer únicamente en un clima de justicia social, de equidad internacional, de humanismo integral, como Maritain decía, o de amor interhumano y de caridad sobrenatural, para usar las palabras predilectas de Pío XII.

Desde un haz de visión teológica y a la luz de la revelación de Jesucristo todo sistema social que no conceda a la persona la primacía en el orden de los fines será atentatorio a la dignidad humana y subvertirá la jerarquía de valores. El orden social, político y económico que vede al indi-

viduo la obtención de su fin temporal y eterno es orden intrínsecamente malo.

Por otra parte, me parece indiscutible que si la querrela actual se hubiera decidido en favor de los regímenes colectivistas o totalitarios, a menos que ellos fundamentalmente mudaran su entraña, el bien, la cultura y el desarrollo de la personalidad habríanse postpuesto al bien y a la expansión del estado, entronizándose de esta manera una estatolatría de corte materialista o panteísta.

A menos que el nazismo bautizara su filosofía —lo que nos parece casi imposible— su éxito de armas habría impuesto en el mundo el culto a la fuerza, a los rebaños de tanques, a la insidia submarina, a la felonía quintacolumnista, a la dominación sorpresiva y al asalto relámpago. La familia habría sido substituída por el falansterio y el superhombre nietzscheano no se contentaría con menos que con un holocausto de hecatombes humanas; pues se exhibiría como representante visible del Dios estado, raza o clase. De esta suerte la enseñanza tradicional de la Iglesia, que define la dignidad excelsa de la persona humana (intelectualidad libre e individual, acósmica en el cosmos —como Blondel decía—) habría sido negada, y quedaría extirpada en su raíz toda la Teología católica y convertido el mensaje de Jesús en un cantar absurdo a un ser excelso, la persona humana, que gregalizada pasearía por el mundo la tragedia de su imperio derrocado.

Sería supervacáneo indagar qué error es de más perniciosas repercusiones: si el del liberalismo antropolátrico que substituye a Dios por el hombre, o el del colectivismo materialista que suprime a Dios y al hombre en favor del estado, del proletariado, del grupo étnico, o de la raza, y que aniquila la hermandad humana y la libertad de la persona, y dilacera el Cuerpo místico de Cristo, como acaba de sugerirlo Pío XII en la encíclica "*Corporis Christi Mystici*".

Leonardo de Aldama







M. ORTIZ DE GUINEA

Desde niño adquirió conocimientos musicales que le permitieron actuar como tiple solista en la basílica de Santiago, en Bilbao. En el Colegio de los Jesuítas de Santa Fe, obtuvo los primeros premios en piano y banda. En Rosario fué cronista musical de dos importantes diarios y desde hace cerca de diez años de la conocida publicación "Criterio", en esta Capital. Desde hoy, este valor indiscutido se incorpora a nuestras páginas.

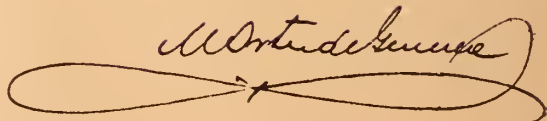
W. MALCUZINSKY

CONCERTISTA

CATOLICO

A salido al campo intelectual SOLIDARIDAD, y ha salido con bríos y empuñando la lanza de la paz universal y del entendimiento religioso y social entre los países de América. Y el Director de SOLIDARIDAD me emplaza a que empuñe yo también mi pequeña lanza de cronista artístico para luchar a su lado en pro de los ideales señalados en la presentación de esta revista tan interesante. Y realmente si en su primer artículo SOLIDARIDAD se lanza a la reconquista espiritual de América, indicando claramente el camino que debemos seguir los que ayudamos en la empresa al Dr. Benítez de Aldama, este programa me llena de vacilaciones y de temores pues en cuestión musical nada hay que reconquistar en América. La música en su casi totalidad proviene de la vieja Europa. Los americanos todavía no hemos conseguido alcanzar ni de lejos los grandes valores de los compositores europeos y aunque en las encuestas, tan norteamericanas por cierto, que se hicieron en la República del Norte, para señalar los grandes compositores musicales y en las que intervinieron quinientos aventajados alumnos de las universidades por un lado y los más eruditos músicos compositores y directores por el otro, hubo un nombre americano, Gershuin; el colocar a este compositor entre los diez ases de la música, no es más que una humorada que habrá hecho sonreír a muchísimos de los lectores de *La Nación*, donde se publicó este informe artístico. También hubiera podido ocuparme de dos composiciones mexicanas ejecutadas en el Teatro Colón el viernes 15 de Octubre, pero realmente no las entendí y he tenido que pasar por alto sobre las mismas para no equivocarme en el juicio que pudieran merecerme. Pero en cambio una frase de mi Director me abrió un camino agradable: "En el próximo número va a salir un artículo sobre la católica y desgraciada Polonia"; pues bien, he ahí un tema poco americano pero muy encuadrado en mi oficio de cronista musical. Malcuizinsky gran ejecutante de piano, polaco y excelente católico según nos han manifestado algunos de sus compatriotas que lo conocen y entre ellos un sacerdote polaco. Y en seguida nos viene a la mente la figura airosa, varonil, del joven de 30 años más o menos que con tanta sencillez se presenta ante el público y que con tanta facilidad y energía interpreta a los grandes compositores musicales y pensamos que esa sencillez debe sin duda atribuirse a sus

condiciones de hombre espiritual y cristiano. Fué Malcuzinsky un artista que pasó ante el público de Buenos Aires como un exponente acabado de caballerosidad, pues todos los que lo trataron quedaron encantados de las múltiples virtudes que lo adornan, aparte de las ya conocidas como ejecutante. Y este orgullo nuestro de católicos al presentar al concertista polaco, nos hace recordar también a otro que en el año actual ha hecho un brillante papel como ejecutante del piano. Firkunsny, que tan grato recuerdo dejó por sus conciertos en el Teatro Odeón, era también un caballero católico, y un gran concertista de piano. También queremos recordar entre los pianistas que nos han visitado el año actual, a Daniel Ericourt que llamó la atención por la finura, tan francesa por cierto, con que interpretó a los modernos franceses y a los clásicos de composición fina. Este otro joven concertista, era también un buen católico y es una satisfacción la abundancia de correligionarios nuestros que este año nos han visitado. A propósito de Ericourt, nos llamó la atención una protesta bastante curiosa que oímos de boca del Respetable Padre Tornquist que asistió a uno de los conciertos. Comentábamos con pena el público escaso que acudía a los recitales de Ericourt y este buen amigo decía amargamente: "Claro; como no es judío..." Y ciertamente, sin querer desmerecer los méritos de excelentes ejecutantes israelitas, debemos lamentar que esta colonia tan amante de la música, realmente no hiciera acto de presencia en los conciertos de Daniel Ericourt. También ya que nos hemos metido en la faena de los artistas católicos, vamos a recordar a la soprano checoeslovaca Jarmila Novodna, que sabemos era muy buena cristiana, hasta el punto que las fotografías publicadas con los demás elementos del elenco del Colón, estaba la suya adornando su cuello una hermosísima cruz, cosa rara entre artistas y que demuestra el poco temor a la opinión humana que tenía esta inteligente y destacada soprano.

A handwritten signature in dark ink, reading "M. Ortúzar de Guzmán". The signature is written in a cursive style and is enclosed within a large, decorative, horizontal flourish that tapers at both ends.



GUSTAVO J. FRANCESCHI, de la Academia Argentina de Letras, Prelado Doméstico de S. S., el más grande de los polígrafos de nuestro país en los últimos cincuenta años, cuya pluma, desde los editoriales de la Revista CRITERIO ha orientado el pensamiento en medio de las vicisitudes de estos últimos tiempos.

# P O L O N I A

**E**N esta hora de tremenda angustia, Polonia acaba de postrarse ante el altar de Dios con la conciencia clara de que el Altísimo perdona las faltas de que hay dolor y restablece tarde o temprano los fueros de la justicia violada (1). Los hijos de esa nación han acudido a El, sin odios para con aquellos que al intentar reducirlos a servidumbre, hicieron de hecho confluír la benevolencia universal sobre ellos, sobre el pueblo heroico de Polonia. Han pedido al Señor Omnipotente, quiera otorgar a su país, a quien más que nunca veneran co-

mo madre; la gracia suprema de la libertad pacífica, el mayor de los bienes que en el orden temporal puede conquistar una raza.

Y nosotros, católicos argentinos, que abrimos nuestra canción nacional con el

---

(1) El autor alude aquí probablemente a la llamada "Semana Polaca", que se dedicó no hace mucho al recuerdo de la invasión de ese pueblo heroico. La fecha de la invasión fué recordada mediante oraciones públicas por los muertos y mediante colectas para ayudar a los millares de hambrientos y huérfanos polacos arrancados de sus hogares y que viven prófugos unos o en campos de concentración otros. — Nota de la Redacción.

triple grito de "¡Libertad, libertad, libertad!", comprendemos ese dolor al verlos siendo creyentes desgarrados entre dos paganismos, y siendo libres distribuidos entre dos dictaduras; participamos en su cuita; esperamos logren retomar el clamor de nuestros padres: "Oid el ruido de rotas cadenas", y unimos nuestra plegaria a la suya para que el día de la restauración pronto claree.

Yo, por mi parte, no tengo derecho a tratar de política en estas columnas; pero no creo ir más allá de los límites que señalan la prudencia, si recuerdo que ayer como hoy, fué función característica de Polonia servir de antemural en el Oriente europeo, detener las avalanchas de barbarie que intentaban precipitarse contra el Occidente cristiano, sufrir los golpes, resistir los embates y preservar de este modo la civilización que disfruta cada uno de nosotros.

Recordemos nada más que tres de sus múltiples etapas: veamos cómo llega hasta nosotros desde el fondo del siglo XIII la súplica que tiene en sus labios la cristianidad aterrada: "¡Del furor de los tártaros, líbranos Señor!". Es que ha caído por primera vez el baluarte; las ordas mongólicas han encontrado en su camino a Polonia que se sacrificó por detenerlas; murieron en el combate los caballeros, fueron barridos por el alud los hombres, incendiados los pueblos, reducidos los niños a servidumbre. Pero tanta sangre y tantas lágrimas merecieron ante Dios la misericordia para el mundo espantado, y por primera vez los guerreros-mártires de la heroica tierra cumplieron su tremenda misión de salvar en el dolor la cultura cristiana.

Pasan los años; ahora la inundación islamítica amenaza sumergir a Europa; los ejércitos de la media luna alcanzan el Danubio, sientan sus reales frente a la capital del Imperio Austríaco. ¿Quién socorrerá a Viena?... Viena representa en esa hora toda la civilización del mundo antiguo: la libertad de la mujer y el hogar monógamo, la literatura hija del helenismo y la creada por el latinismo, el estilo gótico y el romano, el medioevo y el Renacimiento, la legislación elaborada durante quince siglos, todo el pensamiento occidental. Si es rendida la ciudad, a na-

die se ve que pueda detener la marea. ¿Quién auxiliará a Viena, y en ella a todo un continente? Las legiones polacas se agrupan, marchan cantando el "Ave Maris Stella" con la misma música que entonamos aún en nuestras iglesias. Austria fué su enemigo. ¿Qué importa ello para la nación heroica cien veces? Juan Sobieski y sus hombres comprenden la generosidad, y la practican con su sangre, cual a cristianos corresponde: el Imperio Austríaco sobrevivirá. ¿Por qué, antes de dos siglos, la soberana del reino y de la ciudad amparada por los guerreros de Polonia había de sentar su placet al pie del documento que despedazaba la patria de los esforzados que salvaron a Viena?... Poco antes de fallecer, en una de esas horas clarovidentes en que el remordimiento atenasea el alma y medimos las consecuencias de nuestros gestos, había dicho María Teresa: "Mucho tiempo después de mi muerte se verá qué resulta de haber hollado cuanto fué tenido hasta ahora por sagrado y justo". No es necesario meditar muy hondamente sobre las causas y efectos de la historia de los últimos dos siglos para vislumbrar en los sucesivos repartos de Polonia uno de los antecedentes que explican por qué Austria perdió hace muy poco, —esperemos que de modo transitorio— su personalidad de nación independiente.

Más, ¿a qué recordar historia lejana? ¿No hemos vivido acaso nosotros aquella hora trágica entre todas las de la vida contemporánea en que, terminada apenas la guerra de 1914, el comunismo dueño de Rusia se lanzó a la conquista de Europa? Hagamos memoria. No hay en aquel momento un sólo país que no se sienta agitado hasta en lo más profundo de su ser. Núcleos revolucionarios se constituyen por doquiera, Hungría conoció ya los horrores de la dictadura maximalista; Baviera también, los espartaquistas preparan en Berlín mismo la toma del poder. Y la nación polaca, cuya tumba acababa de abrirse después de un siglo y más de cementada, ve marchar hacia sus fronteras el inmenso ejército rojo. ¡No curadas aún sus heridas había de volver a su misión de baluarte, gloria, pero cruz! Las armas del comunismo ruso avanzan, mientras aguardan su victoria los cómplices que

tienen en todas partes. ¿Qué será de Europa y del mundo si Polonia es derrotada? Los cuerpos de caballería bolchevista llegan hasta los suburbios de la capital, oran en las calles sus niños y sus mujeres, y los hombres, convertidos en soldados de la civilización cristiana y humana, se encaminan al combate supremo. ¿Recordáis, lectores, los himnos que saludaron el triunfo del ardimento polaco? Todos, aun los que han dado ahora la señal del asalto y los que callaron ante la violación de los más elementales derechos, reconocieron entonces que frente a los muros de Varsovia habíanse salvado, en aquella hora, la dignidad de la persona, los fueros esenciales de la cultura, la libertad de muchos pueblos.

Este es, mostrado no ya en los elementos constitutivos de su carácter, sino en algunos de los momentos más altos de su caballeresca generosidad, el pueblo se reúne en cien iglesias, para repetir plegarias recitadas con fe inquebrantable por sus padres: ¡Señor, la fuerza injusta y prepotente nos ha abrumado, otórganos la libertad; Señor, haz que Polonia viva!

Y aquí permitidme que exprese con absoluta franqueza mi pensamiento.

A mediados del siglo XIX un insigne escritor católico, el Padre Gratry, refiriéndose a la esclavitud que padecían los tres jirones en que estaba desgarrada Polonia, y considerando la glacial indiferencia con que miraban casi todos los gobiernos del viejo y del nuevo mundo los esfuerzos en que se agotaba ese pueblo por recobrar su independencia, exclamó cierto día: "Europa se halla en pecado mortal". ¡Verdad tan grande como incomprendida! Ni siquiera desde el punto de vista de los intereses humanos había sido escuchada la profunda manifestación de Talleyrand a Maetternich en el Congreso de Viena: "La cuestión polaca es la primera y más eminentemente europea de las cuestiones". En vano el Papa Pío IX recordando el año 1864 qué clase de paz reinaba en Varsovia afanábase en un discurso por orientar la atención de los pueblos libres sobre las crueldades con que el poderío moscovita de entonces intentaba extirpar del alma polaca la adhesión a su fe y el amor a su patria que se fundían en un solo impulso, y exclamaba: "No quiero verme obligado un día a confesar ante

el Juez eterno ¡desdichado de mí por qué callé!"... Hay mártires que mueren hoy por sus creencias! Un potentado oprime y mata a sus súbditos católicos de 1939, a quienes lanzó previamente con sus rigores a la insurrección. Bajo pretexto de suprimirla oprime el catolicismo, deporta pueblos enteros, los reemplaza por aventureros y nadie diga que al elevar mi voz contra el potentado del norte, fomento la revolución europea: sé distinguir entre la revolución y el derecho, y la libertad razonables, y si protesto contra aquel soberano es para salvar mi conciencia. Vana fué la queja del Papa, y hubieron de pasar 54 años antes de que tratados, objetos de muchas críticas, que sin duda no son perfectos pero que no dejaron de realizar algunos actos de estricta justicia, restauraron y afianzaron la libertad a que tenía Polonia un imprescindible derecho.

Europa ha vuelto a caer en ese pecado mortal a que se refería Gratry.

Varias naciones se lanzaron a la guerra para hacer honor a su firma e impedir el aniquilamiento de la nación en quien hemos todos de reconocer una salvaguardia de la cultura cristiana. ¿Quién dejará de proclamar la tremenda actualidad de las palabras que en 1864 lanzará al mundo Pío IX? Europa, dijo, y con Europa el mundo, ha vuelto a caer en pecado mortal, porque creyó poder escurar su inercia tras los dos principios de "la no intervención y del hecho consumado". En un documento que cuando emanó de la Sede de Pedro fué acusado de obscurantismo y que se nos muestra hoy en su verdadera función de luz que permite entrar hasta en el fondo de los problemas contemporáneos, el Syllabus, se condenan ambos principios (proposiciones 61 y 62), y se afirma consecuentemente que a las naciones incumbe no sólo el derecho sino el deber de intervenir cuando una monstruosa ambición impulsa al fuerte contra el débil y se proclama que el éxito no transforma la injusticia del hecho en santidad del derecho. Por esto, porque se eleva por encima de las miserables construcciones de los hombres de fuerza y sabe que Dios se reserva la hora de la justicia, S. S. Pío XII, en su alocución a los polacos del día 1º de octubre de 1939, reanima la esperanza en el corazón de su auditorio, y en su encíclica del 20 del mismo

mes y año, refiriéndose a la estirpe que tanto ha padecido, estampó las siguientes palabras, cuya gravedad se mide al recordar de qué cátedra emanan: "La sangre de innumerables seres humanos, y entre ellos de muchos no combatientes, levanta fúnebre y desgarrador lamento sobre una amada nación, Polonia, que por su fidelidad a la Iglesia, por sus méritos en la defensa de la civilización cristiana escritos con caracteres indelebles en los fastos de la historia, tiene derecho a la simpatía humana y fraternal del mundo, y espera en la poderosa intercesión de María "auxilio de los cristianos" la hora de una resurrección conforme a los principios de la justicia y de la verdadera paz".

¿Qué podría añadir yo, a semejantes palabras? Tan sólo el deseo de que Europa reconozca su culpa del pecado mortal en que se encuentra.

He buscado en la Biblia para los hijos de la sufrida nación polaca, una palabra que pudiera servile de lema y norma en los días extraordinariamente dolorosos que deslizándose van sin que pueda la ciencia humana preveer cuál será su número. Creo haber dado con la que hace falta, la hallé en la epístola de San Pablo a los cristianos de Tesalónica cuyo corazón sangraba porque la muerte hirió a algunos

de sus amados. Hace brillar a sus ojos el consuelo de la resurrección futura, y "¿por qué, les pregunta, por qué lloráis como aquellos que carecen de esperanza?". Polacos que me leéis, surcan lágrimas vuestras mejillas y también las nuestras, ante el espectáculo de vuestra tierra invadida, vuestras ciudades assoladas, vuestros monumentos convertidos en ruinas, vuestras mujeres, vuestros niños, vuestros ancianos muertos por la impiedad del fuego y del hierro, vuestra libertad destruída por la prepotencia, vuestra patria deshecha como si no poseyera unidad histórica, psicológica, lingüística y racial. Llorad, sí, sobre vuestra desdicha y sobre la violencia ajena; llorad porque el llanto es redentor a la par de la sangre. Pero llorad como es digno lo hagan hombres y cristianos, altos los corazones, robustos el ánimo, intacta la confianza en Dios que prueba al justo pero no lo abandona. ¡Tanto más hosco el presente, tanto más luminoso el porvenir! Polonia no ha muerto, espera, como esperó diez veces en la historia, para mostrarse luego más esplendorosa cuando brilla el relámpago de la justicia para su heroica libertad.

Llorad, sí, polacos, pero como los que creen, esperan y aman.

*Gustavo J. Franceschi*



## LIBRO MAGNIFICO

La Introducción a la Sociología, de Tristán de Athayde, es un libro magnífico. En esta obra de 204 páginas se expone con claridad la posición de la sociología en el cuadro general de las ciencias, se historia el progreso y la estructura social, se estudian los elementos, lo normal y lo anormal en la sociedad, se analizan las tendencias sociales modernas y se establece como indiscutible, como necesario, como único remedio para el actual y universal desbarajuste: el retorno a Dios. Ha sido un error dar a la vida humana y social un fin puramente temporal, "El error ha sido hacer del hombre el fin del hombre, de la sociedad el fin de la sociedad.

Tiene razón Alceu Amoroso Lima: eliminar a Dios en el gobierno de las cosas del hombre ha sido más que un error, más que una blasfemia, más que una herejía, más que un suicidio; ha sido una estupidez y un absurdo. El dilema es trágico, pero ineludible: o se vuelve a Dios a través de su Hijo Jesucristo y a la vida sobrenatural (que es la propia vida natural en su estado de gracia); o se marcha hacia el materialismo integral y en definitiva a la soberanía absoluta de la fuerza. Hacia la lealtad, hacia las virtudes, hacia el espíritu; de lo contrario, hacia el odio, hacia la lucha implacable de todos los egoísmos, hacia la ruina total de la civilización. El dilema es inexorable.

Ha editado y distribuye esta obra el Club de Lectores: Avenida Roque Sáenz Peña 501. Bs. Aires.

# Trayectoria espiritual de la intelectualidad brasileña

**L**A trayectoria de la inteligencia brasileña moderna marca una constante ascensión espiritual hacia Cristo. En los dominios del pensamiento, como en todas las formas de vida, son indiscutibles las pacíficas conquistas de la Iglesia, reflejadas en las propias instituciones jurídicas. Es bien significativo a ese propósito el cotejo entre la Constitución de 1891 y las de 1934 y 1937. En la primera era patente la inspiración positivista; los constituyentes del 34 legislan “poniendo su confianza en Dios” y corresponden a las aspiraciones formuladas por los católicos, consagradas asimismo en la Constitución otorgada del 37. Índice de dos tiempos.

Como la generación que hizo la República se colocara bajo el signo de Comte, los paladines de la Iglesia, en los primeros años del régimen, se ocupan con frecuencia de los principios positivistas. Es el caso del P. Julio María († 1916) en su admirable predicación a las clases cultas de Río y de las capitales de casi todos los 20 Estados de la Federación, al estudiar el sistema de Comte de manera muy elevada, sin la más pequeña ofensa personal. De la misma suerte que con su verbo apostólico Julio María, se ocupa también del positivismo, con su ágil pluma de polemista, Eduardo Prado († 1901).

La herencia doctrinaria del *estúpido siglo XIX* encerraba otros *ismos* anticristianos. Contra todos ellos combatió sin cesar, durante 50 años, en los diarios, Carlos de Laet († 1927), el príncipe de las letras católicas brasileñas, a la vez clásico y moderno, mezcla de Veuillot y de Chesterton. Toda la gente se deleitaba con los artículos semanales de ese *apologeta de la ironía*. Cada una de sus páginas era una obra maestra de estilo y erudición, de gracia y raciocinio, que hacía pensar y... reír a medio Brasil. Sabiendo teología “como todo un convento junto”, Laet dejó críticas particularmente felices del “indiferentismo religioso”, de la “herejía protestante” y

del espiritismo. Ayudó a que se libertara de los sofismas de Allan Kardec a Antonio Felício dos Santos, que había de consagrar también a la defensa de la Iglesia su labor de periodista. Hasta hoy perdura la obra del último en el semanario “A União”, como de la actividad de Laet nos habla aún el *Círculo Católico*. La *Unión Católica Brasileña* es por otro lado un documento vivo de la afirmación cristiana de la generación que precede inmediatamente a la guerra del 14, con el ilustre médico Dr. Joaquín Moreira da Fonseca al frente.

Una pastoral de un Arzobispo en 1916 iba a tener inmensa repercusión en los medios intelectuales y contribuir a una de las grandes conquistas de la Iglesia. El Arzobispo era el futuro Cardenal Leme († 1942), una de las conquistas católicas Jackson de Figueiredo († 1928). Si la solicitud pastoral del segundo purpurado brasileño, digno continuador de las tradiciones del Cardenal Arcoverde, con su sentido de universalismo católico se extendió a cada una de las necesidades del apostolado cristiano, tuvo una preocupación muy particular en los hombres de estudio, sedientos de Verdad. Si el “Cardenal de la Eucaristía” invitó constantemente a sus diocesanos a adorar a la Sagrada Hostia en el templo votivo de Jesús Sacramentado donde quiso ser sepultado, consagró asimismo un desvelo paternal a la celebración de la Pascua de los Intelectuales, cuyo éxito fué cada vez más consolador. Para ese patriota de tanto talento y de tanta fe, nada tan grato como hacer que el alma de la intelectualidad brasileña viviese de aquél que es el “mysterium fidei” por excelencia. Ya se pasó el tiempo en que Claudel, Embajador en el Brasil, podía hablar del “país en que los hombres no comulgan”...

Jackson de Figueiredo fué un convertido ardoroso de convicción, *reaccionario*, defensor de la Autoridad, del *Orden*, como lo recuerda el título de la revista por él fundada, órgano de su *Centro Dom Vital*, cuyo nombre también es un gran programa, pues evoca la figura del prelado que en la pasa-

da centuria opuso su apostólico "non possumus" a las exigencias masónicas de las cofradías. Jackson superó el espiritualismo un tanto vago de Farías Brito († 1917), quizás la mayor vocación filosófica del Brasil. Jackson ejercía una acción profunda en sus íntimos, la que se extendía en ondas de benéfica influencia en los medios cultos del país. Su principal conquista fué la de Alceu Amoroso Lima, el admirable Tristão de Athayde, primer crítico literario del Brasil, sociólogo y psicólogo, pensador siempre original. Con la conversión de Tristão de Athayde, la inteligencia brasileña se despidió del "sibaritismo" intelectual, a lo Renán y Anatole, a lo Eça de Queiroz y Machado de Assiz.

La nueva generación se caracteriza por su generosidad a Cristo. Son muy numerosas en el último decenio las vocaciones sacerdotales entre los jóvenes profesionales y los universitarios de las más distinguidas familias. La Acción Católica y las Congregaciones Marianas ceden jubilosas para el santuario a sus miembros más fervorosos.

La vida interior de las almas jóvenes es intensa. Por iniciativa de las Congregaciones Marianas en espléndida florecencia, se suceden numerosas las tandas de Ejercicios cerrados para estudiantes y profesores de las Universidades y de la Escuela Naval. Es de justicia señalar el nombre de su principal organizador en Río, el P. Pedro Cerruti, S. J., quien continúa así la tradición de su maestro e iniciador del movimiento de los Ejercicios en el Brasil, el P. José M. de Madureira, S. J. († 1928), hombre de privilegiada inteligencia, que fué profesor de filosofía en la Universidad Gregoriana y que, en el decir del Cardenal Leme, "tenía el alma de S. Ambrosio para todos los Agustines de nuestra tierra". Por medio del P. Madureira, muchos corazones intranquilos descansarán en el Corazón de Dios. Recordemos a Gandiá Calógeras, historiador y hombre de Estado, que en sus "ascensiones del alma" se elevaba a la contemplación mística. Y ya que hablamos de la conversión de un historiador y estadista profundamente religioso, evoquemos la noble personalidad de Joaquín Nabuco († 1910), una de nuestras más puras glorias, heraldo de la Abolición, figura perfecta de diplomático.

Otro nombre de los que sintieron la nos-

algia de Dios: Everardo Backheuser, científico de nombradía, conocedor perspicaz de la técnica de la más moderna pedagogía.

En la más alta institución literaria del país, la Academia Brasileña de Letras, jamás faltarán representantes calificados del catolicismo militante, desde los tiempos de la fundación con Laet y Afonso Celso († 1938), hasta nuestros días, con Amoroso Lima y Pedro Colmon, historiador y literato, jurista y tribuno elocuentísimo. Ya se va afirmando la tradición de que entre los 40 inmortales figure un representante del Episcopado.

La distinción cupo primero al Arzobispo Negro, Mons. Dr. Silverio Gomes Pimenta († 1922), clásico que renovó en nuestro siglo la prosa seiscentista de Fray Luis de Souza y de quien dicen que era capaz de improvisar delante del Papa en varias lenguas orientales. Desde 1927 es miembro de la Academia el ilustre Arzobispo de Cuiabá, Mons. Dr. Aquino Correia, gloria de la familia salesiana, inspirado poeta y brillante orador.

En otra institución cultural de mucho prestigio, el Instituto Histórico y Geográfico Brasileño, tienen asiento católicos activos, algunos pertenecientes asimismo a la Academia de Letras. Entre éstos, el Presidente Perpetuo del Instituto, Embajador Macedo Soares, digno heredero del puesto del Conde de Afonso Celso. Del Instituto son asimismo Jonathas Serrano, autor de una excelente Historia del Brasil, biógrafo de Julia María y de Farías Brito; Vilhena de Moraes, profundo conocedor de la historia eclesiástica brasileña y la mayor autoridad en Caxeis, el Héroe cristiano de la nacionalidad.

Hemos hablado especialmente de figuras de la Capital de la República. En los Estados no es menor el prestigio intelectual de los católicos. La tradición hondamente cristiana de la inteligencia de Minas Geraes, por ejemplo, tiene un bello exponente en Lucio José dos Santos. En São Paulo bastaría recordar, como representante de la tradicional Facultad de Filosofía y Letras fundada por los Benedictinos y anexa a la de Lovaina, un Alexandre Correia, cuya traducción de la *Summa Theologica* fué juzgada digna de ser editada bajo el patrocinio del Gobierno de la Nación. Paulista y Presidente de la Acción Católica de São



Paulo es el Dr. Plinio Corrêa de Oliveira, el más joven de los Constituyentes del 34, combativo director de "O Legionario", y cuyo reciente libro "*En defensa de la Acción Católica*", que mereció ser prefaciado por el Excmo. Sr. Nuncio Apostólico, es de una corrección teológica impecable. En el Norte del país el movimiento intelectual católico es de los más florecientes. Hace poco la muerte prematura de Manuel Lubambo enlutó al Brasil cristiano, particularmente al Estado de Pernambuco, donde Lubambo dirigió una excelente revista de cultura, "Fronteiras".

Respecto a revistas de cultura, recordemos la nueva dirección dada este año a "Vozes de Petrópolis", que ya puede competir con las mejores revistas europeas. Del vigor del pensamiento cristiano en el extremo sur de la República, da testimonio la revista "Estudos" y la publicación del primer Curso sudamericano de Teología, obra del P. José Mors, S. J.

Al frente del Ministerio de Educación se halla una gran inteligencia católica, Gustavo Capanema. A su cultura se debe la excelente legislación de la enseñanza brasileña. El completó la obra iniciada en 1931 por el Ministro Francisco Campos con el áureo decreto sobre la enseñanza religiosa. La enseñanza secundaria se inspira en las más puras tradiciones humanísticas, con el predominio de la formación literaria de base clásica. La legislación de la enseñanza reconoce el derecho de dar grados a las Facultades particulares dignas de su misión. De esa manera los católicos organizaron en los Estados, nueve Centros de Enseñanza Superior, en Facultad de Filosofía y Letras. En la Capital de la República funcionan desde 1941 las Facultades Católicas de Derecho y de Filosofía y Letras, a que se agregarán, probablemente ya en 1944, la de Medicina e Ingeniería. Como la legislación requiere para la constitución de una Universidad por lo menos tres Facultades, bien pronto va a ser una realidad la suprema aspiración de los intelectuales católicos la Universidad Católica, la última campaña en que se empeñó el Cardenal Leme. El Exmo. Sr. Presidente de la Nación, en un gesto de mecenismo altamente comprensi-

vo, el 14 de abril último, hizo donación a las Facultades Católicas de un terreno avaluado en cerca de dos millones de pesos argentinos (diez millones de "cruzeiros").

La seguridad de que la Universidad Católica cumplirá su alta misión está en la elevación espiritual de su profesorado, *élite de la élite*, donde se distingue, gloria intelectual del clero brasileño, el Padre M. T. L. Penido, de reconocida fama como filósofo y teólogo, durante varios años Profesor en la Universidad suiza de Friburgo, Augusto Magne, S. J., eminente filólogo, y el ilustre Rector, el R. P. Leonel Franca, S. J., Padre Espiritual de la inteligencia brasileña, cuyos libros son magnífica expresión de la cultura cristiana en el Brasil. El P. Leonel Franca, fué el primero que historió la filosofía brasileña; él fué el defensor de la misión civilizadora de la Iglesia, en una luminosa contestación a las críticas protestantes; él fué el moralista que mejor demostró en su patria los absurdos del divorcio; él fué el que estudió la psicología de la fe; él fué el que analizó la crisis del mundo moderno.

Al frente del Arzobispado de Río de Janeiro se halla el Exmo. y Revmo. Mons. Dr. Jaime de Barros Câmara, cuyo mayor elogio está en ser un digno sucesor del Cardenal Leme. En él ha cifrado la catolicidad brasileña sus mejores esperanzas. Su *Historia Eclesiástica* es un documento de su elevada cultura. La sobrenatural prudencia de la que dió esclarecidas pruebas en sus anteriores gobiernos pastorales es prenda de una administración de elevada orientación.

Como se ve, el Brasil sigue siendo la Tierra de Santa Cruz de su bautismo. La inteligencia brasileña sigue su marcha ascensional hacia Cristo, afirmando el primado de lo espiritual y de lo sobrenatural, defendiendo los principios eternos de la Verdad católica. Esa es la aspiración suprema de su gente, y no la de ser el *País del futuro* en el sentido materialista de exclusivo progreso temporal con que soñaran observadores superficiales. *In generationem et generationem veritas ejus.*

Francisco Leme López, S. J.

# HISPANIDAD

Hispanidad es un fenómeno espiritual y no un accidente biológico. En el Día de la Hispanidad rendimos homenaje no tanto a la Raza, como a su espíritu inmortal, inspirado en el amor al infinito.

**D**IA de la Hispanidad es ante todo Día de la Cristiandad; estrechamos su concepto, le quitamos gran parte de su excelsa magnificencia dándole el nombre de la Raza.

La Hispanidad borra lo específico, lo accidental, exalta lo universal, lo eterno; quien pretenda atribuirle cualidad contraria, desconoce su más íntima esencia.

Los Españoles y los pueblos hispánicos son herederos directos de los forjadores de la Hispanidad; pero el legado de éstos es no sólo una simple herencia que se está transfiriendo de generación en generación entre los sucesores, es el patrimonio universal de todos los pueblos cristianos del Occidente.

La obra de un genio beneficia a su pueblo, a la comunidad de los pueblos, a la Humanidad; los hijos y descendientes carnales del genio sólo tienen una pequeña participación en el provecho que tal beneficio produzca.

La gloria de San Isidoro de Sevilla no se reparte entre sus familiares, que ni siquiera existen; tampoco es privativa de su ciudad natal, ni de su, tan amada, patria hispana. Corresponde ella a toda una época, a la comunidad cristiana, y a la Iglesia universal. Sevilla y España marcan el punto en que reposan los cimientos de su obra grandiosa; pero la obra misma es la lumbre del Medioevo, el monumento de la Cristiandad.

En un genio se refleja su pueblo y su tiempo; él no puede producir ni actuar en el vacío; para crear y obrar necesita un ambiente propicio. Es como el constructor que edifica su obra de materiales que tenga a su alcance.

Lo propio y lo particular en él es su *ca-*

*pacidad creadora*, pero en cuanto a su *posibilidad realizadora* esta depende íntegramente del acopio de los elementos que pueda proporcionarle el ambiente de su pueblo, y también de la aptitud de éste para cooperar con él.

Al genio de Prometeo no le fué posible hacer un invento mayor que el de producir la chispa para prender fuego; el genio de Edison condujo a la ideación del alumbrado eléctrico. El genio de Prometeo no fué superior al de Edison; pero fué superior la preparación de Edison, mayor el acervo de sus conocimientos sobre los secretos del mundo físico, y estos conocimientos representaban el capital cultural atesorado en un pueblo que sabía apreciar su valor.

El genio de Alejandro Magno, Julio César o Napoleón era por sí solo impotente para crear imperios bastándose a sí mismo. El éxito de sus fantásticas empresas se debía a la cooperación de sus pueblos y a la aptitud de éstos para responder a sus capitanes y a sostenerlos.

Tampoco San Isidoro de Sevilla habría podido realizar en la Península el modelo de un reino cristiano, si no fuera respaldado por el pueblo hispano que perpetuaba sus ideas y su tradición a través de los siglos.

La obra del genio no sólo manifiesta las aptitudes de su pueblo, —su *magnitud* es el exponente de la época, su *escala* expresa el nivel de la civilización y de cultura correspondiente a ésta.

La gran obra espiritual iniciada por San Isidoro y realizada por el pueblo hispano es fruto maravilloso de la civilización cristiana.

El cristianismo es inherente a la Hispanidad. España, gracias al cristianismo resurge del ilustre anonimato romano y del caos bárbaro con su propia personalidad

vigorosa y resplandeciente, y gracias al cristianismo marcha a la cabeza de las Naciones bárbaras de Occidente, y brilla en las sombras de la baja Edad Media como la estrella que señala el rumbo a los descaminados.

No era menester que inventase España el cristianismo, ni crease la Iglesia; bastaba que los comprendiera y asimilara y que adaptara a ellos su vida. Porque de esa asimilación y adaptación nace en el reino de los Visigodos el nuevo orden cristiano, que se perfecciona luego en Castilla y otros reinos y señoríos de la Península y se difunde por todos los reinos del Occidente.

Penetra primero en Irlanda e Inglaterra, siglo después en la Francia de los Merovingios y luego en el Imperio de Carlos Magno.

Gracias a la iniciativa y enseñanzas de San Isidoro, el esfuerzo tesorero de los Concilios de Toledo, la adhesión franca y generosa de los soberanos y los grandes del reino, la cooperación de toda la "nobilísima Nación Goda" y del pueblo hispano, se echaron cimientos para la edificación en el Occidente del cristianismo integral, conforme a la Doctrina ortodoxa, defendida celosamente por los Papas contra las usurpaciones de los emperadores de Oriente.

Con la Reforma, varias de las Naciones de Occidente se separaron de la Iglesia de Roma, pero sus pueblos, aunque abandonaron la doctrina religiosa católica, no se dejaron arrebatar los fueros del orden social cristiano, basado en los principios sustentados por la doctrina ortodoxa.

Contra todo lo que puedan alegar los protestantes británicos, el origen de su democracia es esencialmente católico, y en las bases de su orden social y de sus libertades, se halla la tradición católica, y más aún, la tradición hispana. Y, como es natural, no puede ser otro el origen de la ideología que apadrinó el nacimiento de la democracia norteamericana, creada por los anglosajones que trajeron de su patria primitiva, en la sangre y en el espíritu, la misma tradición social, cristiana, católica e hispana.

No se debe dejar impresionar por lo ac-

cesorio y epidérmico, haciéndose ciego y sordo a lo que es esencial y profundo.

No es justo, lógico, ni razonable reducir el concepto magno de *Hispanidad* al tamaño mezquino de *españolismo*, y pretender hacer de una gran tradición universal, un asunto, por extenso que sea, pero nacional o racial.

Hispanidad es un fenómeno espiritual y no un accidente biológico.

Porque fueron espirituales todas las gloriosas empresas de España. Fué un negocio espiritual la creación del orden cristiano en el reino Visigodo; también tenía fuentes espirituales la resistencia heroica, durante más de siete siglos, a la presión de los Arabes, y no fué menos espiritual, en sus móviles íntimos, la proeza de la Reconquista y el Descubrimiento de América.

No se puede negar que todo acto de origen espiritual se manifiesta en forma material, y toda empresa, aún siendo espiritual, por ser empresa, tiene que tener necesariamente su forro material y expresarse en las ventajas o los perjuicios, ganancias o pérdidas.

También en las empresas espirituales de España regía esta regla; y como eran coronadas de éxito, sus resultados reportaban ventajas, ganancias y lucro, y sus promotores, acumulaban riquezas fabulosas.

Pero hoy ¿dónde están esas ventajas? Se desvanecieron en la penumbra de los siglos. Al Reino Godo lo destruyeron los Arabes; la España del Rey Alfonso el Sabio y de los Reyes Católicos, no es más que un Estado europeo de segundo orden, y de las inmensas posesiones de Ultramar no se conservan más que los recuerdos. Tal es el balance del lado material de las empresas de España: cero, nada o algo muy pequeño.

¿Sería justo entonces asociar con este lado de las empresas de España el concepto de la Hispanidad y cargar su haber con el saldo negativo del balance?

España ha perdido, en el transcurso de estos últimos ciento y tantos años, bienes inmensos; los españoles no se resignan a olvidarlo y viven su vida con los ojos vueltos hacia el pasado. Pero, deslumbrados de

sus esplendores, no saben dar valor exacto a lo que en el presente guardan en sus pechos: el amor al infinito, cuyo nombre Hispanidad, reconciliación y consuelo en los momentos de congoja, promesa del porvenir y su prenda.

El tesoro de la raza es esta Hispanidad.

¡Qué son para ella las remembranzas de los tiempos idos, sino un acicate para romper los horizontes en busca del infinito!

¡Qué otra cosa fué el descubrimiento, la conquista y la evangelización de América sino una carrera apasionada y frenética en pos del infinito!

Para Colón, la reina Isabel, para los frailes apóstoles de las Indias el ansia del infinito se concretaba en el amor a Dios; pero no faltaban entre los fieros conquistadores quienes, en su persecución del infinito, se dejaban atrapar por las artimañas del diablo, y dar al infinito un símbolo distinto.

Y, sin embargo, bueno o malo, recto o perverso, inspirado en Dios o incitado por el diablo, el amor al infinito nunca deja de expresar un movimiento del alma en los espacios espirituales, por los que corre o de los que huye.



La Hispanidad tiene su morada en el espíritu de los españoles; no se halla en la sangre, ni en el suelo de ellos.

Si la sangre atenta contra lo espiritual, no titubean en derramarla aunque sea fraternal; si el suelo cobija a los que se oponen al espíritu, lo arrasan aunque sea patrio.

¿Cómo puede ser Hispanidad un accidente biológico, si aun entre los hermanos

y en el hogar paterno la voz del infinito es la que manda?

Pero la Hispanidad, tal como la define y fija la tradición, rellena el infinito con el nombre de Dios, y así lo santifica.

Sin éste o con otro relleno es ella como flor sin su deliciosa fragancia, o como la que exhala mefítico hedor.

El relleno divino es común a la espiritualidad de todos los pueblos íntimamente cristianos, tanto ortodoxos como heterodoxos.

Pero en la Hispanidad el relleno divino desborda lo específicamente espiritual y se derrama por todos los espacios de la vida gregaria.

Es obra de la Hispanidad el haber provocado el desborde, que ignoran los pueblos cristianos de Oriente y muchos de los de Occidente, aún entre los fieles a la fe ortodoxa.

El establecimiento del orden cristiano en las Naciones de Occidente fué el efecto de este desborde. Allí donde este orden perdura en nuestros días, no puede faltar la adhesión al reconocimiento de lo eternamente divino y humano en la Hispanidad, la adhesión que tiende a juntar lo disperso en el abrazo espiritual de la solidaridad cristiana.

Y menos todavía puede faltar esa adhesión entre los pueblos del continente americano, siendo todos ellos brotes de una misma civilización cristiana del Occidente fecundizada por la tradición hispana.

El Día de la Hispanidad significa para ellos la adhesión sincera y espontánea a los principios que aúnan las voluntades en busca de la solidaridad por encima de todo lo que es transitorio y perecedero: la solidaridad de los americanos para la unidad del Continente y para la paz del mundo.

*Estanislao Odyniec*

“Nos resultan prácticos los místicos porque los políticos no lo son” Peguy.

# Aguafuertes con escorzo y todo<sup>(1)</sup>

LACROZE A CALLAO, EN SUBTE

**C**ALLE chata y monótona de casas iguales acordeladas. Calle de Buenos Aires en 1743, vale decir, hace doscientos años, en el cenit de la vida colonial. ¡Ah, tiempos aquellos, cuando los graves señores bonaerenses vestían en las fiestas calzón ceñido, levitón, patillas, faldones y galera de felpa; y cuando las damas salían a la calle empretinadas dentro del andador de los miriñaques, luciendo peinados y sombreros tropicales! ¡Lindos tiempos, cuando tras el trabajo se sentaba la gente en la puerta de calle, cada tarde, con el cuerpo y el alma en mangas de camisa, y de vereda a vereda se platicaba con el de enfrente, en tanto que una negra quiscaluda servía mates, tanto y como para distraer el apetito hasta la cena!

Tiempos de vidalal, mi Dios, y de cielitos y payadas. Tiempos de sentimientos en el corazón y de amor a las mujeres guapas que apenas dejaban ver la cara tras la reja colonial. Así eran entonces de cuidadosas aquellas mujeres. (¡Velas a las de ahora, que ni sé con quién yo me pueda casar!).

Las calles en aquel entonces no estaban encanchadas, es cierto, ni macadanizadas. Y en vez de playas de estacionamiento para autos de lujo había sólo palenques para atar los pingos en las puertas de los bebederos. No se alzaban obeliscos, también es verdad, sino palos enjabonados para la fiesta del patrono de la ciudad y el santo del Rey Don Felipe, su majestad.

El país no había sido reticulado con rieles o roderas ni poseía rutas pavimentadas, con números, y señas en los recodos. Calles y caminos en la edad de mis tatarabuuelos estaban horadados de baches cuyo barro amasaban las patas de los mulos y las ruedas de las mensajerías.

Entonces la ciudad no sabía qué eran obras sanitarias; vale decir, cloacas y cañerías embutidas en las paredes. No se sospechaba qué eran los subtes. Ni en sueños se habría ensoñado el embrujo del gusano luminoso que reptaba por la entraña de la ciudad, traspasándola vertiginoso de parte a parte como un escalofrío. Y aquí dentro rodando y rodando yo con mi romántico corazón.

Los hombres de aquella edad no hubieran comprendido jamás que la suprema cul-

---

(1) *Todo cuanto esta sección comprende tiene carácter jocundo. Responde únicamente a la necesidad perentoria que tenemos en esta hora los argentinos de decir alguna payasada, que sostenga como un noble cordial la hilaridad de la gente. Porque abundan cada día más los que se empeñan en complicarnos la vida, en hacernos creer que caminamos por cima de volcanes, que sobre la cabeza se nos desmorona toda Europa y América, como una catarata de astros, y que de un momento a otro nos vamos a quedar sin honra ni carbón. Psicosis, pura psicosis creer que todo el mundo nos contempla cuando de verdad no nos hace caso nadie. La Argentina se ha hecho un punto en la media y anda con miedo de que se le corra. Esto es todo. Creatura, eso se cura son saliva.*

*Andan por allí ciertas gentes tan quisquillosas y tan con ganas de hacer méritos que ven nazis en todas partes, menos donde*

*los debieran ver. Le colocan al que les viene en gana cabeza de maniqueo para darse luego el gusto de decapitarlo. Pero ¡por favor!*

*Cuando acaba una guerra sabido es que todos cuentan propios heroísmos y pretenden persuadir a sí mismos y a los demás que han sido los salvadores de la situación.*

*Inglaterra no es zonza ni es zonza Estados Unidos. Hace rato se han dado cuenta ambas que aquí en la Argentina les están saliendo parrilladas de gazmoñeros y alcahuetes, que como chicos de escuela acusan al compañero para hacerle la barba al maestro y medrar, si pueden, nada más que medrar. Los mismos y las mismas que a una persona sana culpan furiosos ahora de nazi, porque la guerra la gana Inglaterra. La acusarían de yanqui o de gringo si saliera triunfando Alemania. Adulones, logrerros ¡quién no los ve! Y ¡qué feo es eso!*

*Cuánto más noble no es la posición de*

tura de las gentes futuras consistiría en tener lujosos water closets, al alcance de todos, en bañarse y afeitarse cada día, en leer la Prensa, y en besar a la novia y a los nenes del cochecito unas setenta veces siete diariamente.

Tampoco en aquel medioevo colonial obscurantista había lamparitas eléctricas, y la ciudad toda entera cada noche se apagaba como para un ejercicio antiaéreo. La gente, hay que confesarlo, se volvía vieja casi de un repente entonces, porque no había dentaduras postizas, ni brillantina, conquistas estupendas de la cultura superheroierna.

Pero eran sensibles esas pobres gentes —¡vaya si lo eran!—. Buenos Aires tenía estrellas entonces y primaveras en cada casa, y a la hora del ángelus por los zaguanes se volcaba a la calle un fuerte sahumo de madre selvas, albahacas y geranios.

Mismo en mis años de infancia, que van quedando tremendamente distantes ya, cuando ni Dios podía resistir a asomarse desde los cielos para contemplar a mis hermanitas descalzas chapaleando en las acequias tras la lluvia, o corriendo gráciles como ninfas por los aledaños emprimaverados, como si fueran hadas de luz y de soplo, libres de la gravitación, nacidas para

reírse del mundo, para deslizarse sobre los paisajes encantadores, oreados con viento soleado, mientras la naturaleza se estremecía al contemplarlas tan bellas y tan puras. Ahora, en vez, las niñas ya ni saben conversar con las estrellas ni se acongojan cuando contemplan la campiña estremecida de emoción bajo las caricias del viento... (¡Ejem! Pero sosiégate corazón, que el médico te ordena evites las fuertes conmociones).

Y que haya quienes piensen que eran aquellas gentes inciviles, porque no se había inventado todavía el dentífrico Dubarry ni la loción Mennen, que, a decir verdad, es bastante cara y sirve para poco.

En aquellos tiempos las mujeres usaban enaguas almidonadas, cuyo roce me daba dentella sentirlo, y cargaban sus vestidos con alamares y perendengues al gusto de las gitanas. Y cuando en verano bajaban a bañarse al río se deslizaban en el agua gritando, embueltas en camizones azules, más pudorosos que los vestidos que pasean ahora las señoras en Santa Fe y Callao. ¡Tiempos salvajes aquellos tan distantes de la supercultura de las mallas mansllorens!

Las mujeres entonces no eran tan rubias, cierto, ni tan flaquitas, ni decían cositas en inglés como ahora. Pero tampoco

---

*aquellos otros, que hace tres y cuatro y más años, con espíritu patriótico trataron de empretinar un poco a ciertos muchachos avanzados en sus nacionalismos o fascismos, gente moza un poco impetuosa que por poseer buena fe cristiana y buena conciencia no se volcaron al comunismo de médula atea. Porque, a decir verdad, ciertos nacionalismos declamados acá, en las redacciones de algunos diarios, en conferencias y en clamorosos editoriales, son al fin de cuentas comunismos camuflados bajo solapa de nacionalismo cristiano.*

*Muchos de los mozos que con buena fe, con fe de santos —¡repito!— propugnaban dichos nacionalismos no veían ciertamente las conclusiones comunistas y totalitarias que colgaban en el cabo de sus sistemas.*

*Pues bien. Los espíritus juiciosos que entonces procuraron pacificar muchachos extremistas, un poco impetuosos e impe-*

*cunes, llamándolos a juicio, haciéndolos entrar en razón, señalando el parentesco comunista de ciertos nacionalismos y el gravísimo mal del nazismo que desquicia la familia y la persona, aniquilando sus fueros e inaugurando una tiranía de Príncipe Ugolino, no andan ahora a los codazos, como los chicos en el reparto del maní, procurando colocarse en primera fila para adjudicarse el triunfo de las democracias. ¡Qué feo es ésto —vuelvo a decirlo— qué feo!*

*Cuando hace no muchos años era inaguantable el desorden interior de la República, cuando estaban a la orden del día los asaltos, los coimeos, los acomodados, los favoritismos, los peculados, los chantages y las trapisondas electorales; cuando los países del Eje exhibían al mundo en noticiosos cinematográficos, en discursos desafiantes, en fantásticas concentraciones su poderío de hombres, de máquinas, de avio-*

# Solidaridad

Solidaridad de los católicos americanos para la unidad del continente.  
Unidad del continente para la paz del mundo.

Director: Dr. Enrique Benítez de Aldama

Avda. DIAGONAL NORTE 501  
Piso 6º

Correspondencia a:  
Casilla de Correo 411 — Bs. As.

ARZOBISPADO  
DE  
BUENOS AIRES

Bs. Aires, 1º de octubre de 1943

Director de la Revista SOLIDARIDAD.  
Dr. Enrique Benítez de Aldama.

De mi consideración:

Tengo el agrado de dirigirme a Vd, en contestación a su atenta nota del 30 del cte., para comunicarle que S. Excia. Mons. Rocca otorga la licencia requerida para publicar la revista mensual SOLIDARIDAD de carácter católico.

Al mismo tiempo se ha dignado nombrar Censor Eclesiástico de la misma al R. P Ismael Quiles, S. J.

Saluda a Vd. atentamente,

MARIANO NUÑEZ MENDOZA  
Secretario-Canciller

## SUSCRIPCIONES

	Argentina	Exterior
Un año . . . . .	4.80	5.60
Un semestre . . . . .	2.40	2.80
Un trimestre . . . . .	1.20	1.40
Número suelto . . . . .	0.40	0.50

SUSCRIBASE VD. Y HAGA SUSCRIBIR A SUS AMIGOS.

ENVIE este cupón:

Sr. administrador de la revista SOLIDARIDAD,  
de mi consideración:

Por intermedio de .....  
(rogámosle poner el nombre de quien le hizo conocerla)

he tenido conocimiento de Vtra. revista y estoy interesado en suscribirme.

A tal efecto adjunto su importe de ..... en ..... para que  
se me suscriba por ..... meses. (giro, cheque, etc.)

Saluta a Vd. atte.

.....  
firma

NOMBRE .....

CALLE ..... Nº .....

LOCALIDAD ..... F. C. ....

PAIS o PROVINCIA .....

# LIBROS

## NOVEDADES IMPORTANTES

A. D. Sertilanges — Mes de María	\$ 3.50	Buil N. — Vida de N. S. Jesucristo	„ 4.—
Franz Werfel — Cántico de Bernardette . . . . . Tela	„ 10.—	— La Divinidad de Jesucristo . . . . .	„ 1.60
Daniel Sargent — “La Conquistadora”. Intervención de la Virgen en la conquista de los EE. UU. . . . .	„ 5.—	— Las Siete palabras de N. S. Jesucristo . . . . .	„ 1.—
Jacques Maritain — Introducción o la Filosofía, edición corriente, agotada . . . . . Lujo	„ 8.—	— Yo Católico ¿y tu qué? . . . . .	„ 0.60
José A. de Laburu — ¿Qué es la Iglesia? . . . . .	„ 2.—	— Sabes quién es Jesús . . . . .	„ 0.95
Donoso Cortés — Ensayo sobre catolicismo, liberalismo y socialismo	„ 4.50	— Los Evangelios. Su autenticidad	„ 1.35
Henri Gheon — Santa Teresita de Lisieux . . . . .	„ 3.—	Brena Tomás — Corporativismo de Asociación . . . . .	„ 1.80
Gerald G. Walsh, S. J. — Humanismo medioeval . . . . .	„ 3.—	— Código Social de Malinas . . . . .	„ 0.70
Hilaire Belloc — Grandes herejías — Isabel de Inglaterra . . . . . Tela	„ 6.—	— Tragedia actual . . . . .	„ 1.35
Dietrich Von Hildebrand — Pureza y virginidad . . . . .	„ 4.50	Castro A. R. P. — Introducción estudio de la filosofía . . . . .	„ 2.80
Maurice Zundel — Poema de la Santa Liturgia . . . . .	„ 4.80	Cendra P. — Lirios y Rosas del Jardín de la Iglesia . . . . .	„ 1.15
Coloma — Pequeñeces (2 tomos), cada uno . . . . .	„ 1.25	Chesterton, G. K. — Hombreda . . . . .	„ 4.—
Tristán de Athayde — Introducción a la sociología . . . . .	„ 3.—	Chiappini Félix — Walter Chango . . . . .	„ 1.15
Columba Marmión — Jesucristo en sus misterios . . . . .	„ 3.80	— Tres hombres para nuestra época . . . . .	„ 2.70
Barbieri Mons. — La verdad en el éter . . . . .	„ 2.—	Corominas P. — Mes de María . . . . .	„ 0.60
— En la Tarde . . . . .	„ 2.80	Del Rey, Jerónimo — Camperas . . . . .	„ 3.—
Bas B. E. — Aborto y de natalidad	„ 1.50	— Las 9 muertes del P. Metri . . . . .	„ 4.—
Bernardo, Héctor — El régimen corporativo y el mundo actual . . . . .	„ 0.60	Díaz Natalio — San Ignacio y los seminarios . . . . .	„ 2.10
Buil Nicolás — Las razones de creer	„ 2.20	Eguía Ruiz C. — El Arte y la Moral	„ 3.20
— María, Jesús y sus íntimos . . . . .	„ 1.60	— Máximas contra vicios . . . . .	„ 1.60
		Fillion C. M. — El Sermón de la Montaña . . . . .	„ 0.80
		Font Ezcurrea, Ricardo — San Martín y Rosas — su correspondencia . . . . .	„ 2.—
		Gaza José — Templo Medieval, con ilustraciones . . . . .	„ 1.—
		Goenaga José — La Iglesia y el Orden Social . . . . .	„ 2.—
		Garciandia J. — Agridulces . . . . .	„ 1.50
		— Hojas al viento . . . . .	„ 2.70

### Distribuye: CLUB DE LECTORES

En venta: LIBRERIA CATOLICA ACCION. Avenida Roque Saenz Peña 501 - piso 6º  
Frente a la Catedral Unión Telefónica 34 - 6251  
Buenos Aires

Los señores Párrocos encontrarán en la Revista SOLIDARIDAD una fuente de estudio y un sinnúmero de referencias sobre temas sociales, políticos y bibliográficos, de última hora, tratados a la luz de las Encíclicas Pontificias y por los escritores católicos más autorizados e indiscutidos.

SEÑOR PARROCO: propague esta Revista entre sus feligreses; hará apostolado.



estaban tan llenas de susceptibilidades como las marisabidillas de nuestros días que hablan de sociología, que citan encíclicas de Papas, y que dicen que hay que romper y romper relaciones y meterles la guerra... Pero ¿a quién, a quién, mujer? ¿No te basta haber roto con tu marido que quieres ahora meterle la guerra? ¡Habrás visto!

Pero —¡Dios mío!— por qué erráticas sendas y románticas divagaciones se me ha disparado el tema del aguafuerte. ¿Qué tiene, en efecto, que ver todo esto con este viaje mío en subterráneo, desde Lacroze a Callao, qué tiene que ver?

Si lo sabré yo que jamás puedo conseguir sentarme aquí adentro ¡jamás!, porque la gente que atesta el andén no bien el tren llega, se precipita aborregada puertas adentro a conquistar buen sitio, que es una indecencia el atropello.

Como si la cultura ultrahodierna consistiera tan sólo en llevar atuzados los aladares, en tener obelisco, calles encachadas, sangre de horchata en las venas y en hablar lunfardo. Como si la supercultura se redujera a no empringarse los dedos en la salsa de tomate de la fuente, y en saber tomar el cuchillo y el tenedor en la mesa con delicada monería, y en lograr mondar una naranja sin que le salte un chorro de jugo al ojo del vecino.

Pero esta gente que ha conquistado asiento a apretujones —decía despechado yo para mi colete tratando de equilibrar mis 70 kilos a pie en las frenadas exabruptas— y que no cede asiento ni a viejo ni a parturienta, se creará muy culta porque van ellos y ellas preciosamente peinados, porque llevan las cejas depiladas, porque a los mocitos les ajuste el saco y dejen caer al degaire las medias mostrando unas canillas quijotescas y pilosas. ¡Y qué gusto estético el de estos compadritos en eso de las medias caídas! ¡Y qué cabezas primorosamente ensortijadas, con mechones de todos colores, qué cabezas arlequinezcas tan melindrosamente cuidadas, tan dispuestas por de fuera para ser la cabeza de la fiesta, como dice la propagnada!

Yo me pregunto: ¿qué tendrán adentro estas preciosas cabezas cuando, no digo a mí, que todavía soy un poco muchacho, pero ni a este pobre viejo esclerótico que tosiendo se tambalea a mi lado, son capaces de ceder asiento?

Frutos de la cultura de nuestro siglo estos muchachos, que han cifrado su perfección en tener en el baño azulejos y en el lecho camisón de dormir. Siglo de la cultura de la blandura y de la molicie, de la manía de la higiene y del confort. Siglo de la insulina y de los buches con listerine cuando le duele a uno la garganta. Siglo en que por fin han aprendido los hombres el arte supremo de geniolizarse y aspirinizarse para cortar la fiebre y no faltar al partido de tennis o a la carrera en patines.

¡Ah, tiempos! Y yo que creía que debía mi civilización al viejo Aristóteles, al divino Platón, a Dante el gibelino, a *Chespir* y *Debissy*, como dicen los cursis desmayando la voz. Y vengo a saber ahora que la cultura moderna la debo a Lázaro el peluquero, al barrendero Nikola, al boticario y a la bailarina, a *Waltercloset* y a la aspirina.

Aquí saltó el tren un entrevero de rieles. Dió una sofrenada que nos tiró un metro adelante a los de a pie y luego otro metro atrás, que a mí no me quedó calor ni en las venas, pues el alma se me enancó toda entera en la nuca.

Bueno. "*Callao*". Héteme al cabo del viaje. Ciérranse a mis espaldas automáticas las puertas y escapa la diabólica máquina de zarandeo. Da vueltas en mi cabeza todo el andén y en el marçeo me suenan inconscientes los grandes nombres que condenaban toda esta moderna civilización: Lázaro y Nikola, el Closet ese y la aspirina.

#### ANTE "LA NIÑA"

En la entrega anterior de SOLIDARIDAD inscribimos en esta sección trasegadas del "*Cancionero Popular de la Rioja*", unas coplitas que creíamos tan pedagógicas y tan inocentes que serían inofensivas. No les resultaron tan así a los puritanos y nos protestaron escandalizados. Unos, porque las coplas eran estúpidas. Otros, porque eran pornográficas (!). Ambas cosas pensamos comunicarlas a Juan Alfonso Carrizo para que higienice sus depósitos de canciones.

Como no queremos tener que habérnoslas ni con nazis ni con contranazis tampoco queremos tener que lidiar con puritanos ni

con contratanos, que ya nos duele el corazón de tanta vida llosa que nos hacen vivir. Por ello, y en desagravio de lo acaecido, introducimos aquí, y esta vez a cuenta y riesgo nuestro, los siguientes gongorismos (¡pecados de muchacho!) brindados a LA NIÑA, quien, como se ha de ver, es nada menos que la Virgen Nuestra Señora, tal y como la pintó Murillo en la más celeste de sus Inmaculadas. De suerte que pecaría de malevo, avieso y cosas peores el que presumiera encontrar en nuestros versos otra Niña que la pintada por el pío pincel peninsular.

El tema es de los que no padecen sean tratados sino con seriedad y apasionamiento. Y en cuanto nos dió natura pusimos, cuando muchachos, ambas dotes en nuestros gongorismos o ringorrangos líricos.

Rogamos, por último, a las maestras que cuando ensayen a sus niñitos esta poesía, o cosa que se parece, omitan algunas estrofa no apta para menores; y serán todo un éxito los festejos de la Inmaculada, en su próxima fiesta del 8 de diciembre.

¡Mi Niña! ¿qué es esto que hay en mí que yo no sé por qué te quiero a Ti?  
Pues yo ya no soy niño,  
si el niño es el que prende en tu cariño.  
Ni te amo desde ahora,  
de ahora que te sé corredentora.  
Ni porque sé qué soy que no lo sé desde siempre te amé.

Ni porque el salomónico *Cantar de los Cantares* sea tu cantar.

Ni porque eres la dulce zulamita que enamoró a Dionisio Areopagita.  
Ni tampoco te amé porque fuiste perdón cuando pequé.

Ni aún por la seráfica dulzura con que Bernardo y San Buenaventura, Teofilacto y el Pelucioti viejo (prez, luz, gloria y espejo de la medioeval galantería) ensalzaron tu nombre, amada mía.

¿O es freudiano querer, que Dios me hizo varón y a Ti mujer?  
¿O es entonces aquello de que eres *zeotókos*? —Ni por ello. (Lo cual se emperraron en descreello los tres furiosos locos Teodoro Mopsuesteno, Diodoro de Tarso y [el zafado Nestorio que en el Conciliábulo Efesino armó brutal [jolgorio]).

¡Mi bien! yo creo así!  
Si Dios no te hizo a Ti Niña, como Murillo te pintó, no eres, doncella bella, la más bella belleza que El creó.

Pero te quiero, sí, como te hizo el buen Dios y estás aquí porque sencillamente eres Tú así.

Leonardo de Aldama

---

nes, de tanques, bien me sé yo cómo andaban por aquí declamando en favor de totalitarios y fascistas no pocos de los que con una gran V en el ojal van ahora buscando nazis por todas partes para agarrotarlos. O, como me decía una exaltada, hembra brava, el otro día: "Yo quisiera que hubiera más nazis acá para romperles el alma". Tenía unas ganas esta mujer de desagrar a Dios rompiéndoles el alma a los nazis, que le saltaban por los ojos; pues los ponía siniestros, foscos, furibundos y tem-

blábale la quijada inferior que daba verdadero pavor. Yo, por momentos, de puro miedo hasta me creía ser nazi; como me pasa siempre que me hablan del infierno con un poco de calor, que me parece que estoy en pecado mortal y que no ando lejos de caer en el bátratro tremebundo.

Inglaterra, que es país noble, debe mirar con repudio a los arribistas del momento y a los decapitanazis, que ahora pululan acá por doquier. Es muy poco simpático y limpio el menester de las catangas de es-

(Continúa en la pág. 102)

# La Argentina y la paz del mundo

**C**UANDO los vientos disipen en el espacio los últimos humos de la inmensa hoguera que abrasa al mundo, de esta terrible hoguera desbordante de crueldad y dolor como ninguna otra; los hombres mutilados, las viudas escuálidas, los niños huérfanos y enfermos, experimentarán la sensación final de una pesadilla atormentadora, indescriptible y brutal. Habrá ansias de descanso, de tranquilidad, de paz. Y ojalá se logre esa paz, pero una paz fruto de serenidad y de justicia para que pueda ser duradera, para que el cúmulo de sufrimientos y el torrente de sangre que han atormentado y enrojecido al mundo, no sean sólo un montón de crímenes inútiles y puedan transformarse en calvario de expiación y de redención social.

Porque si esa paz a que aspiramos los hijos de esta generación cansada y desecha, no se fundamenta en bases sólidas de justicia, muy pronto nos veremos envueltos en nuevas colamidades y en tragedias más horribles. La cesación de las operaciones militares no sería, en este caso, sino respiro sembrador de nuevas angustias y preparación del derrumbe final aun en los matices, de toda la civilización cristiana.

Pero los pueblos cristianos, como lo son de hecho los de América, tienen un deber especial para encauzar sus energías en procura de la verdadera paz. La solidaridad y fraternidad cristiana es de orden sobrenatural. ¿O hemos olvidado ya que cada cristiano debe ser un obrero de la paz desde que la misión divina de la Iglesia católica no es otra? La Providencia Divina —para los que tenemos fe— no ha permitido que los horrores de la guerra total nos envolvieran en su túnica de muerte. Y la Argentina, como la que más, puede considerarse un oasis. Pero esto no nos exime de una cooperación amplia y leal; al contrario, nos obliga más a ella desde que en el terreno de las ideas y sentimientos estamos más libres para el trabajo preparatorio y proselista. Si no hemos sido arrastrados a sacrificar bienes y vidas para que el mundo de mañana sea mejor que el de hoy, debemos, al menos, en nom-

bre de la solidaridad humana y cristiana y como católicos, unir nuestros esfuerzos y hacer intercambio de ideas, para que la paz futura sea una resultante de la justicia y de la caridad. Las naciones en lucha han movilizadado sus fuerzas armadas; las naciones alejadas de la guerra deben movilizar sus fuerzas espirituales. Estas naciones que viven en la tranquilidad serán dignas de la paz que disfrutaban y de una paz mayor, sólo cuando se resuelvan a cooperar para que todas las naciones lleguen a la verdadera paz. Ningún estado podrá sentirse digno de la paz futura si ahora es indiferente a los sufrimientos, servidumbre, opresión y esclavitud de los otros Estados. La paz del mundo no será sino el fruto de la caridad mutua. Y somos los católicos los más obligados a fomentar la caridad en la vida y relaciones recíprocas de las naciones, si sinceramente deseamos la fraternidad y unión de los pueblos, como estamos obligados a deseárselo.

El odio y la represalia, serían los peores consejeros. Y es que no será posible construir nada duradero y útil si interviene el odio; y menos la paz y la unidad entre los pueblos. Desgraciadamente las naciones de todos los continentes se han dividido en dos enormes campos opuestos. La guerra universal provocó el odio universal. Pero es necesario eliminar este odio y eliminarlo absolutamente en cualquiera de sus manifestaciones.

Aun para los más simples de nuestros lectores, no será desconocido el extremo a que se llega con la pluma y los recursos que se mueven para la propaganda.

La República Argentina, felizmente y por múltiples consideraciones que no es del caso referir, es la nación que podría estar más alejada también de la guerra psicológica. La exaltación del encono de la lucha, puede ser si no una excusa, al menos un atenuante de la aversión entre las naciones en guerra. Los argentinos y sobre todo los cristianos que son la mayoría y los católicos que debieran ser todos —pero buenos y totalmente católicos— no tenemos ninguna excusa si nos embanderamos en proselitismos que estén fuera del orden sobrenatural. Y menos en esta ho-

ra difícil y angustiosa para todos en la que gozamos de condiciones favorables y privilegiadas para sembrar en el Continente y en el mundo la semilla de una verdadera paz.

En su Mensaje de Navidad (1942) S. S. Pío XII declaró que: "Dos elementos por lo tanto, constituyen la esencia de la vida social; la vida en común con orden y la vida en común con tranquilidad". No cabe duda que la unidad intrínseca de la sociedad y el verdadero orden podrá alcanzarlo sólo aquel pueblo que asiente su vida y su progreso cultural sobre la base firme: "DIOS".

Sólo ante la luz de la doctrina divina el hombre ve la verdadera jerarquía de los valores, encuentra la armonía de su vida privada y social, y su lugar y relación debida frente a otro hombre y frente a la sociedad.

Esta verdad la reafirmó Su Santidad en su último Mensaje diciendo que: "... no es posible lograr la gran obra de un nuevo y verdadero orden de las naciones sin alzar y tener fija la mirada en Dios, Regente y Ordenador de todos los acontecimientos humanos, Fuente suprema, custodio y vindicador de toda justicia y de todo derecho".

La certeza, pues, de que estamos en posesión de la verdad, proviene de la vida según la ley natural y divina, eterna e inmutable. En consecuencia, el orden y la tranquilidad, esencia de la vida social y esencia de la paz, pueden tener lugar sólo en las naciones cristianas.

La Argentina, nación hondamente cristiana, heredera de la gran cultura cristiana de España, tiene en su vida nacional y en su tradición, los elementos de la paz verdadera, de la paz cristiana.

Como en los tiempos pasados, España llevaba al mundo la doctrina divina de la vida individual y social, así hoy día, su hija espiritual, la Argentina, tiene que llevar a los pueblos divididos, el espíritu de unión, de fraternidad y de paz, para pagar de esta manera a la vieja Europa su deuda moral.

La Historia demuestra que la Argentina ha entendido su misión en este sentido. El pueblo argentino no permitió que otros países vecinos del continente vivieran en opresión. Y, a precio de grandes sacrificios, les ayudó a conseguir la libertad y

con la libertad la paz, porque solamente en la libertad verdadera se puede gozar la paz verdadera.

La realidad ha demostrado que no se puede asegurar la paz al mundo con tratados basados sobre la palabra y el honor o sobre intereses nacionales y que, ni siquiera por la fuerza, puede esperarse tranquilidad.

Es, entonces, absolutamente necesario introducir en las relaciones entre los pueblos, factores más sólidos y estables. Estos no serán otros sino los principios morales y los elementos sobrenaturales.

Esta verdad la expresó S. S. Pío XII en la encíclica "Sumi Pontificatus", diciendo: "La salvación de los pueblos no viene de los medios externos, de la espada, que puede imponer condiciones de paz. Las energías que deben renovar la faz de la tierra, tienen que proceder del interior del espíritu".

La paz entonces verdadera es la Pax Christi. El mundo solo, no puede dársela a sí mismo. Ella proviene de Cristo. Hay que dar el testimonio de Cristo, Príncipe de la paz en todas las manifestaciones de la vida privada y pública. Hay que reconciliar las cosas humanas con las divinas y fraternizar al hombre con el hombre.

Pero como la guerra actual ha paralizado la vida religiosa en gran parte de Europa, son las naciones latino-americanas las que deben con más empeño, esforzarse por la propagación del reino de Dios sobre la tierra.

Los momentos sombríos que atraviesa la humanidad, no impiden a los hombres auscultar el porvenir con cierta confianza. Existe en todos los seres de buena voluntad una esperanza latente en la cooperación fraternal y solidaria de todos los Estados. No defraudemos esta esperanza amasada en un diluvio de sangre y de lágrimas de tanto inocente.

El mundo futuro está pendiente de nuestra obra y de nuestras resoluciones. Pero al establecimiento de la paz, debe preceder una exposición clara y múltiple de los principios de justicia, deducidos de una filosofía sana y verdadera.

Los católicos debemos colocarnos en primera línea, porque nuestra misión y vocación, en este instante supremo de la historia es precisamente esta: Lograr para el mundo una paz justa y duradera.

*Juan Ofiejalski*

# Los cuatro grandes en el arreglo del Mundo

11

**R**ESULTA que las otras noches Aristóteles se puso furioso. Cansado de esperar a Rodríguez y a Leonardo de Vinci, que no terminaban de dar recomendaciones, abandonó su despacho y se despachó con Juan Pérez, que conversaba conmigo en un pasillo:

—¡Estoy cansado de toda esta podredumbre! — exclamó el Estagirita mirando desorbitadamente a Pérez. Por supuesto que, no aludía al de Vinci sino a Rodríguez del Regillo.

Unos diez minutos continuó comentando los abusos de algunos Jefes de Reparticiones administrativas cuando se oyeron términos violentos que, provenían del despacho de Rodríguez. Aristóteles y Pérez se miraron sorprendidos, porque ya no se trataba de las carcajadas y gritos, frecuentes en ese despacho, donde el Delegado de Africa y Oceanía chichoneara tantas veces con sus amigas mientras terminaban las botellas de wiski. Se oían ruidos de sillas y voces fuertes. Aristóteles y Pérez comprendieron que pasaba algo grave y se encaminaron rápidamente al despacho de Rodríguez. Entraron sin anunciarse. Rodríguez de pie, se apoyaba con una mano en su escritorio y con la otra estaba a punto de levantar una silla por el respaldo. Las señoritas (bueno, ahora se llama *señoritas* a tantas cosas) se habían refugiado en los sillones laterales sin soltar sus copas. El de Vinci, gritaba violentamente:

—Esto no es una Institución Interestadual ni siquiera una Repartición Pública, ¡esto es un escándalo, una vergüenza, un bodrio!

—Y a usted ¿qué le importa? —gritó Rodríguez—. Cuidese de Europa, que es su representada y cuando la ponga en orden venga a recriminar al representante de Africa y Oceanía.

No se pueden repetir las ironías y los términos que se escucharon durante algunos minutos.

—¡Parece mentira que suceda todo esto delante de damas! — dijo por lo bajo Pérez, de suerte que le oyera una de las ni-

ñas, de la que no había quitado los ojos desde que entrara.

—¡Esto debe terminar ahora mismo! — exclamó Aristóteles con paternal y filosófica autoridad.

—Claro que ahora mismo termina con mi renuncia indeclinable — contestó el de Vinci y se retiró del recinto.

El del Regillo también presentó su renuncia tímidamente y por compromiso y Aristóteles se la aceptó de inmediato antes de que se arrepintiera.

Comentan las ordenanzas que, cuando Rodríguez abandonaba el edificio hablando solo, dijo:

—Tendré que intrigar de nuevo con los políticos para que me nombren, aunque sea Inspector General de alguna cosa. ¡Estas mujeres de...!

Hecha la paz, por cansancio de un sector y por conveniencia del otro, Aristóteles y Pérez se apresuraron a comunicar cablegráficamente a todos los gobiernos interesados, el insuceso lamentable.

Cómo sucedió, nadie podrá explicárselo. Lo cierto es que, antes de una hora, estaban nombrados los sustitutos: Marco Tulio Cicerón para Europa y Aníbal para Africa y Oceanía. Felizmente los dos nuevos delegados se encontraban en Buenos Aires y se presentaron inmediatamente en el edificio del Círculo Tetrárquico.

¿Quién no conoce a Cicerón? Fuera de los bachilleres y normalistas, cualquiera sabe muy bien, que Marco Tulio no sólo disputa a Demóstenes el primer lugar en la oratoria, sino que quizá fué el mayor genio literario que haya existido. Y ¿de qué Aníbal se trata? Pues, del hijo de Amílcar. A éste quizá lo conozcan nuestros "bachill".

Cicerón, como Delegado, seguirá la misma orientación de Leonardo de Vinci, pero Aníbal es militar y no continuará con las modalidades de Rodríguez. Aníbal es hombre de pocas palabras y de mucha acción. Por consiguiente, nada de "acomo-

---

Véase el número anterior de SOLIDARIDAD.

dos"; la jerarquía matemáticamente. Ahora bien, como no habrá otras guerras en el mundo, Aníbal representará a los policiales, a los guardia cárceles, a los bomberos y a todos los que lleven uniformes con botones dorados. Eso sí, Aníbal prohibirá terminantemente los uniformes a los porteros de cinematógrafos y a los musolinos; sólo pena de obligar a los bomberos, guardia cárceles y policiales a vestirse de musolinos. ¿Qué se hará con los militares que terminen vivos la universal contienda? Algunos opinan, que los dedicarán a la fabricación de juguetes para niños, pero nada de soldaditos de plomo, ni de muñecos que puedan recordar peleas. Los delegados en pleno, tratarán de que los grandes acaben de una vez con los juguetes; de lo contrario, será menester que los niños hagan los papeles de los mayores y que los mayores volvamos otra vez al jardín de infantes. Otros opinan, que los militares serán los encargados de distribuir las tierras a los agricultores y al mismo tiempo los administradores de cuanto se refiera a materiales de construcción para las viviendas de proletarios. Indiscutiblemente, son los más aptos para estos menesteres, por su disciplina, honradez y escurpulosidad con los bienes del Estado.

Después de las presentaciones y saludos de rigor, Cicerón y Aníbal se retiraron del Palacio Estadual. Cuando Aristóteles se encontró solo con Pérez, pasándose la mano por la frente, exclamó:

—¿Cuántas cosas han sucedido en tan poco tiempo!

—No se aflija, viejo, a los políticos nos han suprimido la dieta, nos han quitado la chapa blanca del automóvil, nos racionan la nafta como a todos y sin embargo, no nos quejamos.

—¿Qué remedio les queda! — dijo el Filósofo, a quien no le hizo ninguna gracia lo de "viejo".

—Yo creo que en compensación nos han de ascender —continuó Pérez— ¿no le parece don Aristóteles que lo merecemos?

—Hasta ahora ¿qué hemos hecho para que nos asciendan? Gastan demasiado los Estados en mantener este enorme edificio, con despachos particulares, salas, muebles, teléfonos y un montón de oficinas inútiles.

—Estamos en una Repartición Pública e Internacional mi amigo, y después de las

próximas elecciones habrá que ubicar aquí a una multitud de correligionarios.

Lo de *pública e internacional* tampoco le sonó bien al Delegado de Asia, y en cuanto al nombramiento de nuevos empleados, se limitó a decir:

—¿En qué quedamos? ¿Hay reajuste o no hay reajuste? Lea los periódicos.

—Aquí los diarios se escriben en criollo y veo que usted no lo entiende. No sé francamente cómo se hablará en griego.

—¿Udé fronesay emín, enguíngetay udé-pote udén! — exclamó Aristóteles repitiendo una frase de Platón — Zoí to me, si-guéstay loipón en.

Juan Pérez se quedó en ayunas. Pero, para disimular su falta de cultura helénica o china, dijo en voz alta y como si hubiera entendido:

—Con permiso, un momentito, je, je, je. — Se aproximó a mí, me tomó del brazo y me condujo a la puerta:

—¿Che! Hágame comprar cigarrillos, ¿quiere? De esta marca. — Y me mostró una etiqueta casi llena. Ahora fuma de un peso, antes se conformaba con pitillos de veinte centavos. Transmití la orden al portero y él permaneció a mi lado esperando en la puerta:

—¿Che! ¿Usted entiende el griego?

—No, señor Delegado.

—¿Qué idiomas conoce usted?

—Y... argentino, criollo, lunfardo, algo de esperanto, algo de iala, que será la lengua universal, y también un poco de castellano.

—Bueno ¿sabe qué me decía el viejo? Que no ha subido nunca en un automóvil y qué lo cede a la Corporación de Transportes. La nafta la regala para las estufas de las casas de departamentos, porque estos años vamos a seguir racionados. Y el sobresueldo lo destina a las maestras sin puesto y con más de 9 años de antigüedad.

Tal vez Juan Pérez quiso hacer chistes o gastar ironías baratas; yo estoy obligado a hacerme el sonso con la esperanza de algún ascenso o al menos para desempeñar tranquilo mi puesto.

—Hay que ser vivo, amigo, hay que ser vivo —me añadió al oído el Delegado Pérez. —Vea, yo no he estudiado en la vida; me la pasé toda haciendo política en Ave-

llaneda, y jamás me he quedado en la vía; porque quien a buen árbol se arrima, buena sombra le protege. Y he tenido la viveza de colocarme siempre junto a troncos de arbolitos copudos. Usted está perdiendo su juventud en articulitos para revistas de frailes. No sueñe con apostolados inútiles; usted no va a cambiar el mundo. Haga política hombre y déjese de macanas. ¿Usted cree que no volveremos más? ¡Viva la democracia!

—Mientras tanto, el Peripatético había regresado a su despacho y paseando, leía un volumen de su propia obra. Juan Pérez se aproximó a la puerta y entró como en su casa:

—¿Qué lee el sabio?

—Mi propia filosofía — contestó el Maestro.

—¿Estará repasando su Tratado sobre política, para darme una conferencia? — insistió Pérez con una sonrisita muy porteña. — Es famoso su “Zoón Político”.

—No me ocupo ahora del animal político; leo cosas más interesantes.

Juan Pérez se mordió la lengua y comenzó una retirada defensiva, complicando a otros:

—Si usted lee la propia obra, no es raro entonces que algunos escritores se pasen la vida leyendo sus propios libritos. Es cierto que Aristóteles ha tenido lectores por millones y que los escritores modernos se ven obligados a retirar de las librerías las ediciones enteras porque nadie compra...

—No crea, no crea, — respondió el Filósofo — ni a mí me han leído tantos como usted opina, ni son tan menospreciados los escritores modernos; existen amigos compasivos que compran algún ejemplar.

—Pueda ser, pero yo conozco autoras y autores de teatro y de novelas que no consiguen compañías ni editores que lean sus obras. Los pobres, todos los inviernos las corrigen, para pasarlas nuevamente a máquina.

—Y hacen muy bien — replicó Aristóteles — también Napoleón leía sus últimos inviernos las propias memorias. Por otra parte, ¿qué quiere usted que entiendan de teatro y de arte estas pobres gentes que aplauden las representaciones del “Parque Japonés” y de “La Costanera”? Me agrada

daría conocer personalmente a esos autores fracasados para felicitarlos por su ansia de perfeccionamiento artístico.

Pero debo aclararle que yo no leo mi obra por vanidad, aunque quizá podría evanecerme.

—¿Piensa también Aristóteles perfeccionar su obra?

—No; dejo ese trabajo para los políticos.

—¿Que perfeccionen la obra de Aristóteles?

—O la obra de ellos, si es que la consideran obra. Me tienen sin cuidado. Lo que yo pretendo es cotejar mis escritos con lo que me hacen decir centenares de conferencistas, escritores y profesores que no me han leído nunca. Vea usted: la Editorial Losada me acaba de remitir este libro impreso en 1941. Se titula “De la causa, principio y uno” escrito por Giordano Bruno y traducido recientemente. Pues bien, este sacerdote católico, apóstata y errante, fué siempre un impulsivo y careció desde luego, de la serenidad que requieren los estudios filosóficos.

Ha pretendido conciliar mis conceptos con los de Platón, Santo Tomás, Averroes y el Nominalismo. ¡Qué bárbaro!

Juan Pérez había oído nombrar alguna vez a Platón y acaso a Santo Tomás, pero lo de Averroes y el Nominalismo cayó virgen sobre sus orejas rasas.

—Y ¿cuáles son sus conceptos? — preguntó con curiosidad.

—Cuando traté sobre la Materia — le explicó Aristóteles — apoyándome sólo en la razón, dije de la cantidad local que es un accidente realmente distinto de la substancia. Por consiguiente, se puede inferir con probabilidad, que también es separable de la misma. Esto lo admitieron después los escolásticos y fundándose en la fe, lo defendieron casi todos los teólogos católicos.

A pesar de la sencillez y claridad con que hablaba Aristóteles, Juan Pérez se perdía. Pero por una parte, no quería parecer ignorante y por otra, le interesaba sinceramente aquel mundo nuevo, tan distinto de sus politiquerías. Sentíase como caballo en un Edén de rosas o como profano que hubiera ingresado de improviso a la Facultad para asistir a una clase de metafísica.

—¡Maestro! usted habla como el más grande de los filósofos.

—No; hablo como Aristóteles.

—Explíqueme, por favor, qué tiene que ver su concepto sobre la Materia con la Iglesia Católica.

Aristóteles comprendió de inmediato toda la sinceridad de aquel pobre hombre. Pensó para sus adentros que, la pedantería del político nacía más de necesidad que de maldad, y se resolvió a desasnarle.

—Respecto a este asunto, la Iglesia Católica enseña que después de la Consagración del pan y del vino, desaparece la substancia pero permanecen las especies de ese pan y vino. Por eso condenó el artículo de Wicleff donde se establece que los accidentes del pan no permanecen sin el sujeto, en el Sacramento de la Eucaristía. Por otra parte, la Iglesia enseña también que, en ese mismo Sacramento, el Cuerpo de Jesucristo no tiene extensión local actual.

—¡Yo no conocía nada de todo esto! — exclamó admirado Juan Pérez. — Ni creía que los curas estudiasen cosas tan difíciles. Siga Maestro, esto es superior.

Aristóteles se dió perfecta cuenta de que con sus palabras castigaba inútilmente el aire. “No es posible —pensó— embutir sutilezas en esta tripa” y puso término a la conversación de esta manera:

—Sería muy largo tratar esta cuestión con todas las derivaciones principales. Tendría que exponer las ideas de Berkeley, de Kant, de Descartes y de otros filósofos y el asunto nos llevaría muy lejos de una charla de vestíbulo. Lo cierto es que no existe repugnancia alguna en que la cantidad local sea realmente separable de la substancia corpórea.

Juan Pérez había comenzado a gustar de la sabiduría y no quiso perder la “partícula del buen bien”.

—Lástima, Maestro, que no quiera seguir con estas cosas.

—No faltará oportunidad —dijo el filósofo con tono amable— pero esta conversación se suscitó sólo a propósito de Jordano Bruno, quien entreveró mi teoría sobre la materia como substancia, con la corrupción platónica del mundo inteligible, extendiéndola a los seres espirituales, contra el propio concepto de materia.

—¡Qué bárbaro el tipo! — asintió Pérez con entusiasmo de catecúmeno—. Efectuar sumas de tan distinta especie, como quien dice. Yo creo que lo conozco a este Bruno. Debe ser uno que anda medio metido en política por Lomas de Zamora, pero no sabía que hubiera colgado los hábitos.

Aristóteles sonrió con distinción finísima. ¡Qué podía contestar a esa bestia bautizada! Se limitó a exclamar, esta vez, en latín:

—“*Stultorum infinitus est numerus!*” Pero... “*Deus salvabit homines et iumenta*”.

—Y eso ¿cómo se entiende en criollo? — preguntó Pérez humildemente.

Aristóteles no quiso castigarlo con la traducción literal y la modificó:

—Eso quiere decir que el número de los *ingenuos* es infinito pero que Dios salvará a los hombres y también a los *cándidos*.

—Pérez malició algo y no se atrevió a preguntar sobre la diferencia entre *ingenuos*, *cándidos* y *hombres*. Prefirió comentar la sonoridad del latín:

—¡Qué lengua más hermosa la del Dante!

—Dante escribió en italiano —susurró Aristóteles— pero, total, la Divina Comedia \*para muchos profesores de literatura es como si estuviera escrita en latín.

—¡Exactamente! Es lo que quise decir —cerró Pérez— que la literatura castellana en su mayor parte, para los profesores está escrita en latín.

Era muy tarde cuando los Delegados Interestadales abandonaron el edificio. En la puerta, se despidieron cordialmente. Juan Pérez subió en su flamante automóvil, se levantó las solapas de su sobretodo de vicuña, se calzó bien los guantes y desapareció repitiendo mentalmente: “¡Qué colosal es este hombre! ¡Es superior, es superior!”

El de Macedonia se fué caminando. Al llegar a la esquina compró un diario de la tarde en cuya primera página y en letrones enormes, leyó con sorpresa que el ex-Delegado Rodríguez estaba incomunicado en la cárcel de Villa Devoto. Horas más tarde, anunció la *radio* que lo habían depositado en una celda de la Penitenciaría.

(Continuará) \*

Lucien Fontenay



# Problema social que crea el nudismo

*ECUNDANDO* la campaña emprendida por la Liga de Moralidad, tendiente a obtener del Supremo Gobierno una reglamentación que vele por la moralidad en playas y balnearios, pronuncié las palabras radiales que aquí entrego. Suelo resistirme a publicar en revistas y diarios mis conferencias, porque comprendo que la palabra oral obedece a una técnica literaria muy diversa de la que debe presidir en los escritos. Sin embargo, esta vez debo admitir excepción para satisfacer numerosos pedidos.

Y advierto que la excepción me resulta dolorosa por haberme visto forzado, precisamente en esta ocasión, a considerar el tema de la inmoralidad playera en una tesitura que rehuyo adoptar en mis discursos. Para fundamentar una ley de moralidad me era preciso señalar el escándalo y describir el cuadro de la corrupción actual.

Pero nada existe, a mi modo de ver, más contraproducente que tales pinturas de costumbres y que tales derroches de predicación gastados en obsequio de la fealdad del vicio nefando. Tales métodos sólo obtienen dar un rato de placer, el que dura el sermón, a los cínicos, bridándoles manjar apetitoso a su paladeo, y escandalizar a los honestos cuyos nervios y cuyo pudor se pone a tormento.

Los sermoneadores castigan demasiado la impureza. Apenas hablan de otro tema cuando ascienden impreparados a los púlpitos. Y, por desgracia, casi nunca exaltan la sublimidad y el heroísmo de la pureza, virtud que en el alma de no pocos jóvenes católicos suena a pusilanimidad y a insolencia viril, cuando ella debiera constituir el ideal de sus conquistas y de sus vidas, como quiera que ante Dios y ante su Santa Iglesia un joven casto es tan noble y heroico como un mártir.

El oyente sano que escucha la invectiva contra el vicio impuro o contra el exceso nudista experimenta muy luego repudio y asco, no sólo contra el mal que se expone ante sus ojos, sino también contra el orador que se muestra tan sabio conocedor de las sucias trastiendas de la inmoralidad.

Cuando el joven comprende que la pureza

constituye una virtud hidalga, caballeresca y archinoble y que por ella conviértese en noble cruzado que vela por la santidad de la mujer, que la protege, que la coloca a resguardo de los audaces y que está dispuesto a defenderla y a vengarla de los ultrajes de los impuros, en su corazón bien nacido la castidad se torna un ideal capaz de inspirar los mayores transportes de amor y de heroísmo.

Por suerte sabemos muy bien que acrece cada vez más el número de los aristócratas del espíritu, quienes luego de librarse de la pesadilla sexual, dominadas sus tendencias con actos y hábitos de virtud, han descubierto en torno a sí un mundo nuevo, repleto de sosegada belleza, de bien y de verdad. Sólo ellos pueden gozar de la hermosura. Y, como aseguraba San Francisco de Sales: únicamente a los castos les es dado amar de verdad todas las cosas amables del mundo. Sabido es también que no existe amor más ardiente que el amor de un corazón puro.

Y, entro a contranervios en la prédica negativa. Entrego mi discurso radial con las iteraciones y desmroligidades, con que brotó en la repentización oral, sin someterlo al tórculo indispensable que reclama el aliño literario del escrito.



## Creo inútil un alerta moral

Si todos cuantos se desnudan procazmente en balnearios y playas procedieran por espíritu de deshonestidad renunciaría a hablar sobre el tema del nudismo. Y desde ya daría por descartado el fracaso de todo proyecto del Gobierno que pretenda moralizar la playa.

Cuando un pueblo se ha corrompido no existe ley ninguna que pueda sanarlo. Ese pueblo se precipitará de exceso en exceso hacia su ruina. Creo que no es este el caso de nuestro pueblo.

A pesar de los esfuerzos hechos para moralizar la malla y para reducir a límites de decencia la desnudez de las playas ¿quién no ve que año tras año se avanza más y más, alcanzando excesos al presente la des-

nudez, que no sólo ofenden el pudor y la decencia sino la estética, el buen gusto, y en suma la cultura? La bailarina que hace treinta años se hubiera presentado en un *vaudeville*, o en un *dánzing* del bajo, o en un figón de la peor calaña tan al desnudo como deja a las jóvenes y señoras de hoy la malla de la última temporada veraniega, habría provocado un escándalo moral entre marinos, figoneros, boteros y galeotes, que no es gente que las gaste muy delicadas en materias de pudor.

Las mujeres libres de la Roma imperial, en los tiempos de la peor corrupción, no se crea que habían llegado a excesos peores. Dado que no es peor la desnudez total. Por la sencilla razón de que esa desnudez provoca asco y resulta repelente. En tanto que la mujer en malla, (advírtase bien: no en malla honesta, sino en esa que extrema la nota del escándalo), subraya el incentivo sexual, de suerte que al hombre le resulta más incitante que en absoluta desnudez.

Pero no quiero considerar el aspecto moral del nudismo, porque sencillamente —acabo de decirlo— creo que es inútil gastar palabras pretendiendo convencer a las masas de la necesidad de cierta sobriedad en la playa. Cuando un pueblo se derrumba colectivamente y llega a perder el sentido de la moral para sanearlo no existe más que un remedio, el del fuego. Y sabe Europa, a esta hora, qué duro es ese remedio.

Es tal el estado de inconciencia en multitud de personas que aunque supieran con absoluta certeza que el exceso en la desnudez desatará muy luego una tempestad de sangre y de fuego, creo que no mejorarían en un adarme la moral de las playas.

Y entro a analizar el tema. El problema de la desnudez puede ser estudiado desde diversos aspectos. Puede considerárselo primero en su faz moral. Segundo, en su aspecto estético y psicológico. Tercero, podría adoptarse para su estudio un ángulo de vista social. Y, finalmente, cumpliría considerar los resultados históricos que la desnudez ha provocado en los pueblos cuando se ha llegado a extremos parejos a los alcanzados por el nuestro.

Prescindo pues del aspecto moral. Imaginemos, por consiguiente, que la desnudez de la mujer no enjendra corrupción moral en los niños, jóvenes y hombres que la contemplan de hito en hito, durante días enteros. Supongamos que no exaspera tal con-

templación el sexualismo masculino, que no induce al hombre a excesos, que no desequilibra sus tendencias, que la grey masculina pasa impávida ante la indecencia, que el niño no anticipa su agresividad libidinosa, que el joven no se exorbita, que ante el espectáculo de la muchedumbre prácticamente desnuda ese joven no se atolondra ni entontece, y que tal visión no le induce a colmarse con satisfacciones pecadoras que se procurará ocultamente, actuando “contra naturam”. Supongamos más: que los hombres son tan serenos, tan puros, tan temperados que ante la semidesnuda no se encienden y que la desnudez de la playa jamás engendra fornicaciones, ni adulterios, ni derrumba hogares, ni ocasiona trastornos algunos. Lo cual todo equivale a suponer un mundo de perfectos anormales. Dejemos de lado, por consiguiente, el aspecto moral y, para decirlo mejor, el aspecto in-moral de la desnudez.

Considero únicamente las fatales repercusiones de orden social que provoca en la masa.



### Crece la epidemia de obsesos sexuales

Quien en una tarde calurosa de verano recorre la rivera de nuestro estuario, desde la ciudad hasta San Isidro, no podrá menos de encontrar espectáculos no ya inmorales sino aún repugnantes. No falta el bañista que pasea en mallas junto a la carretera de automóviles. Es dado ver al vejeterio esclerótico, adiposo y deforme que exhibe ante jóvenes y niños su mole prosbóidea. No escasea el grupito de muchachos patoteros, guarangos y compadritos que vuelcan zafadurías apestosas en las orejas de las chicas. Allí se ve al adultón o al vejete que se arquea devorando con ojitos ardidos la desnudez de la muchacha, colocada a tiro de su concupiscencia. Y más allá la pareja dual que exagera el arumaco y refleja su amartelamiento en forma grotesca. En fin, tampoco faltan en una y otra parte quienes habiendo ingerido unos cuantos copetines más allá de la medida y de las economías caen en estado de irresponsabilidad, provocando griterías, escándalos o patotas en bares y restaurantes.

Se ve a la fémina evirada, a la inconsciente, más audaz que el hombre, masculinizada en sus gestos, en su voz, en sus lun-

fardismos y en los insultos que gasta cuando tiene que habérselas con los tenorios de arrabales y conventillos. Se escucha el chillido del altoparlante, machacando músicas de negros, en tanto que las parejas *foxtrottean* en mallas ante las miradas de los niños. No faltan cacos y gandules que agua adentro se permiten bromas, apretujones e indecencias.

Las familias honestas cada vez encuentran menos el lugar seguro en donde estén al resguardo de la nota desagradable y el sitio donde puedan solearse y jugar los niños sin peligro de perdición.

El avance desbordante de estos excesos encadena un problema social que ofrezco a la consideración de las personas honestas y sanas a quienes interesa preservar al país de calamidades colectivas, cuyas repercusiones condicionan la existencia misma de la vida social.

Quien por su profesión de médico o de psicólogo o de sacerdote, tiene algún contacto con nuestros jóvenes sabe cómo se aumenta y propaga en forma pavorosa la obsesión sexual en los adolescentes, hasta alcanzar contornos de psicosis o manía colectiva, que está idiotizando y enervando nuestra raza.

Para multitud de muchachos la vida se ha tornado una pesadilla. La lujuria les enloquece. Indispónes para el trabajo e incapacítales par el estudio. Porque nada embota tanto la inteligencia y la inhabilita para el saber como la deshonestidad y la molicie.

Se propagan los hábitos de pecado solitario, cuya cura tórname casi imposible a cierta edad por la enervación de la voluntad, y es oculta causa del fracaso de muchos hombres en el trabajo y en la vida social.

La obsesión sexual hace que multitud de jóvenes no puedan conversar noblemente con una niña y que tampoco puedan sostener amistad alguna sana con personas de otro sexo. Al obseso todo se le convierte incitamento sexual, como cuanto ingiere vuélvesele agua al hidrópico. Lo que ve y oye levanta tempestades de libídine en su espíritu y enciende su carne. Un aviso de vidriera, un viento que golpea las faldas de las muchachas en la bocacalle, una estrofa o una lámina le estremecen, de suerte que todo se vuelve en él fiebre sexual; algo así como al obsedido de manía persecutoria ca-

da persona que vé se le antoja un enemigo y cada recodo le depara una amenaza.

La neurosis sexual que, como epidemia, se difunde en el ambiente haciendo innumerales presas, vuelve al joven egoísta, sádico, y brutal. Y lo que es peor incapacítale para el amor. El libidonoso jamás llegará a amar. Psicológicamente ha destruído en su obsesión los elementos eróticos y superiores de su psiquismo amoroso y ha sobreexitado sus vivencias sexuales. Por ello no sabe y no sabrá jamás qué es el amor de una mujer pura, femenil y exquisita. Sólo los puros pueden experimentar la sublime ternura y grandeza del amor. El impuro no contempla en la mujer nada más que la zoología y que la animalidad. No logra comprender la belleza del espíritu ni le es dado alzarse a la cima de los ideales.

La impureza arroja un coeficiente desastroso de incapaces para los estudios superiores. Rebaja el nivel intelectual en las universidades y priva a la Patria de verdaderos profesionales. Nuestra juventud de las últimas camadas universitarias da al país cada vez menos hombres superiores.

La producción literaria de los jóvenes es insignificante. Apenas puede nombrarse entre los muchachos de veinte a veinticinco años un escritor de raza, un poeta grande, como era grande Lugones a esa edad, un novelista de alcurnia como Martínez Zuviría, un fino captador de la belleza regional como Fernández Moreno, Alfredo Bufano y cien más que dieron a la Patria las generaciones del pasado. Nuestra producción filosófica está representada por muy pocos nombres, pese a la abundancia de premios nacionales y de estímulos a la producción.

Me da miedo decirlo fuerte, no sea que me oigan en el extranjero. Las clases de concriptos van alcanzando, salvo algún año excepcional, cada vez más, un número récord de inaptos. Muchachos que no poseen condiciones de salud, de vigor físico y de desarrollo suficiente que les torne capaces de llenar los cuadros del Ejército Nacional.

Todo el pueblo de la República aplaude la obra del Gobierno cuando destina varios millones de pesos para edificar viviendas familiares. Si crece la multitud de obsesos sexuales y de hombres valetudinarios ¿de qué servirán esas viviendas? La obra del Gobierno sería manca e infructuosa si no legisla en torno a la moralización de playas

y balnearios. Dar hogar por una parte al niño y por otra dejarlo expuesto a perversiones en los años indecisos y quemantes de la muchachez equivale a construir sin base. El estado debe inflexiblemente procurar que se eviten las desviaciones de nuestros jóvenes impidiendo con legislación severa el auge de la inmoralidad y de la corrupción playera. Ello por necesidad vital de la Patria.



### Sólo una ley puede sanear el ambiente

Dadas las tendencias instintivas de la gente, y atendida su inclinación a extremar cada vez más, de temporada en temporada veraniega, la nota escandalosa, conocida su inconciencia que no mide las consecuencias morales ni imagina el daño que la desnudación hace al pueblo si una ley severa no impone coercitivos eficaces, debe desesperarse de que los apliquen los particulares.

Y es que ni puede la familia ni la persona aislada oponerse a la corriente. La mujer es de índole gregaria. Si un tipo de malla es adoptado por la moda y comienzan a usarlo unas cuantas audaces primero y se propagan luego retratos y fotografías de cuerpos elegantes de mujeres del cinematógrafo vestidas con tal modelo, se arrojarán en masa las mujeres a las tiendas en procura de ese indumento, sea él moral o inmoral, pensando que quedan ellas, vestidas así, tan elegantes y bien miradas como las estrellas. Luego replicará la mujer a quien le advierta el exceso a que ha llegado: "que no se expenden mejores mallas, y que no va a parecer ella ridícula detonando en la temporada".

De esta manera el desbarajuste moral crece sin medida como toda epidemia.

El empresario de teatro que no ofrece una pieza picante, la editorial de revistas que no llena la entrega periódica con ilustraciones de subidos desnudos, la empresa de film que no entremezcla escabrosidades y las tiendas que no expenden mallas indecentes están abocadas a un fracaso económico. Por ello todo cartel y aviso de película representará la escena más hiriente, la más apasionada, la que explotando la libidine masculina asegure una sala colmada de público.

Pocas veces como al presente se ha visto a la bestia humana tan puesta al desnudo.

Yo me explico este tremendo estado de hiperestesia actual, este espíritu sobresaltado de las gentes que corren de boca en boca el chisme, y que andan a caza de estupefacientes como una prueba palmaria del desgaste de nuestra rada y de su entraña enferma y caduca.

Por una parte, aterra la indiferencia de los espíritus frente a los grandes problemas de la vida moral, social y religiosa. Por otra parte sorprende la falta de reposo, la irascibilidad y susceptibilidad ante asuntos de orden internacional y nacional que dichas gentes están absolutamente incapacitadas de comprender. Una misma es la inconciencia que las lleva a desnudarse en público, sin advertir el efecto moral y la tempestad pasional que producen en niños y adolescentes, que la inconciencia con que juzgan sobre la actitud que debe adoptar el Pontífice, por ejemplo, en las difíciles circunstancias actuales porque atraviesa el Vaticano, o el comportamiento de nuestro gobierno en asuntos de política exterior.

Seres incapaces de leer un libro de pensamiento, desposeídos de toda lógica en sus juicios, sujetos de nervios hiperestesiados, y en suma irresponsables en sus actos permítense juzgar y dogmatizar sembrando desorientación y confusionismo.



### Los opositores y una reglamentación moralizadora

No se me esconde que un decreto severo del Gobierno, tendiente a evitar excesos de denudación, aunque será aplaudido por la mayoría honesta del país no dejará de provocar protestas en cierta minoría alborotadora y callejera, que especula con la liviandad.

En primer lugar, molestará a los no pocos enfermos y enfermas de esa patología sexual que induce al exhibicionismo y que se revela en los atacados del mal por una pérdida total del sentido del pudor.

En segundo lugar, una ley moralizante despertará reclamaciones en los que trafican con la pornografía y el pasquinismo. Para ellos un decreto que obligue a usar malla decente será un coercitivo de la libertad democrática. "Porque esta clase de gente cuando reclama libertad entiende la li-

bertad sexual o mejor dicho el libertinaje. Para éstos la suprema libertad consistiría en el ayuntamiento libre en plazas y calles. ¡Pobres gentes! No comprenderán jamás que el desenfreno y la desnudez impúdica han conducido siempre a los pueblos a gemir bajo los tiranos" (Unamuno). La lujuria es aliada de la tiranía, dice un aforismo cargado de verdad. En el término, la inmoralidad cae en servidumbre o en esclavitud. Una ley que ponga un poco de moral y de freno al delirio nudista es una ley que sostiene la libertad de un pueblo.

En tercer lugar, tan sólo podrán no aplaudir una medida de orden, imperiosamente reclamada por los excesos de desonestidad a que se está llegando, quienes creen que dicha ley brota de jasmofiería y de espíritu de beatones. Tal es el origen, para ellos, de cuanto tiende a implantar un estado de austeridad moral y de decencia en la población.

Dejo de lado a los que presumen defender el desenfreno con la consabida frase que sueltan a la cara de quien se atreva a reprobar excesos: "Tenga usted bien limpio su corazón y no se escandalizará frente a la desnudez".

Yo, a quien con sinceridad arguya así, no le respondo palabra ninguna. ¿Por qué? Porque si este hombre es sincero en lo que dice, si no miente y es verdad que anda sosegado de espíritu, en medio de la desnudez de la mujer, y si es verdad que mantiene su corazón limpio, este hombre es un perfecto anormal, es un evirado, es sencillamente un ex hombre. Pero los ex hombres no deben andar sueltos. Resultan peores que el basilo de Koch, pues propagan inversiones y otras plagas no muy limpias.

Si me dices: "Pero, ¿por qué dos personas mayores, hombre y mujer, no han de poder hacer cuanto les venga en gana, a quién dañan con eso? Respondo: dañanse, por lo menos, a sí mismos.

Y, como decía Unamuno, que ciertamente no era beatón ni cosa que se parezca: "La sociedad debe estorbar que un hombre se embrutezca y entontezca. El bárbaro principio antisocial de que cada uno pueda hacer de su capa un sayo es una de las causas de nuestra decadencia. El hombre es producto social y la sociedad debe impedir que se pierda para ella. No basta que uno quiera entontecerse. Hay que impedirselo. Desgraciados los pueblos en que florece la

lujuria. Serán al cabo subyugados irremisiblemente por aquellos otros que después de reproducirse normalmente supieron reservar sus energías corporales y espirituales para fines más altos que el de dar satisfacción a la carne estúpida, para el altísimo fin de educar en libertad, en verdad y en nobleza a sus hijos".

Quien contemple el desbordamiento de desenfreno alcanzado en las últimas temporadas veraniegas y el rebalsamiento de inmoralidad imperante, quien sepa un poco de psicología del niño y del adolescente, y mida las repercusiones que en los espíritus muchachiles provoca la desnudez desmedida, quien observe el debilitamiento de la raza, el número impresionante de obsesos sexuales, de pervertidos, de impotentes, y de vencidos frente a la lucha por la castidad masculina, quien tenga presente en cuánto grado exagera la sexualidad el cine y la revista pornográficos, quien haya constatado cómo se contagia el mal, cómo se propaga y cómo es explotado por quienes a trueque de ganar unos ventavos no trepidan en envenenar cuerpos y conciencias, comprenderá que una ley moralizadora de la playa es tan necesaria y tan perentoria como las disposiciones tendientes a evitar epidemias o a proteger la salud física de la población.

Sin una ordenación severa y sin el control que su cumplimiento exigirá, es utópico se pida decencia y orden al populacho heterogéneo que cada domingo es acarreado a las playas, y que bebe y baila, y exalta allí, al son de congas y de fox-trox, todo su arrabalerismo, y que se desnuda sin pudor en medio de la multitud promiscua.

El ambiente moral de la población decae irremediamente. Va predominando en la atmósfera el desarrollo del sensualismo y el desenfreno lujurioso que al volver estúpida la inteligencia propaga el egoísmo y estirpa del corazón el amor al orden, a Dios y a la Patria.

En las atmósferas de sensualismo se fecundan esas plagas sociales que constituyen los matones, los malevos de suburbio, los timadores, las etairas masculinizadas que hacen su negocio en los "bailongos", y, en suma, toda esa suciedad espiritual que sobreexitada un día es capaz de arrasar con toda una civilización.



## Peligra la dignidad de la mujer

Uno de los males más alarmante que desde hace tiempo vienen constatando quienes se preocupan por el bienestar social de los pueblos es la falta de feminidad en la mujer. Y, cierto, es imposible que la mujer que se exhibe semidesnuda a toda mirada, que así baila, que así se sienta en torno a las mesas del bar, que ingiere copetines o copas de cognac, que se expresa con idioma amuchachado, lleno de lunfardismos y usa expresiones zoeeces, y que se permite chistes de contenido inmoral, es imposible que tal mujer conserve su feminidad.

Desnúdase creyendo que sus muslos conquistarán al novio y al esposo que persigue furioso. Pero con esa su actitud lejos de inspirar amor no provoca nada más que escozor sexual pasajero. Y si llega al matrimonio, tal matrimonio hecho de sexo y no de cariño, dura apenas el tiempo que reclama la libidine para saciarse. Dos años, un hijo quizás de por medio, y muy luego la ruptura. Hé aquí el saldo del matrimonio forjado a base de pura zoología.

Mientras prosiga en nuestro país el exceso, y mientras no se logre un poco de austeridad en costas y balnearios, cobrará auge el hedonismo egoísta que induce a los

hombres a gozar y gozar a cualquier precio sin medir la honestidad de sus actos, perdiendo la conciencia moral y confundiendo las fronteras de la decencia y de la indecencia, de lo lícito y de lo ilícito. Porque al libidinoso aún los mayores desenfrenos parécenle justificados y normales.

Nuestra vida, día a día, se caracteriza más por la desarticulación del hogar. Piérdese la sobriedad. Cinematógrafos y revistas nos importan las más subidas indecencias extranjeras. El verano ya inminente nos hará ver en la calle a mujeres de edad, obesas, a veces deformes, vestidas con telas esquemáticas, exhibiendo piernas y pantorrillas varicosas, y, en una palabra, caricaturezcamente desvestidas.

Se está perdiendo junto con el sentido de la decencia y de la honestidad el sentido del buen gusto y de la estética.

Además, como muy bien se ha dicho, la mujer que se desnuda, desnuda a todas las mujeres, desacredita, rebaja y degrada a todo su sexo.

No es posible permitir que unas cuantas inconscientes o patológicas que necesitan por un trauma moral exhibicionista brindar su zoología al paladeo de quien quiera, degraden y ultrajen a la mujer honesta cuya austeridad y recato ha sido timbre de honor de nuestra Patria.

Hernán Benítez

(Continuación de la pág. 90)

*tercolero. Es un animal el cascarudito ese que de solo verlo ya desde chico me daban bascas. Y sabe Dios los pecados feos que evité de miedo que en el infierno hubiera catangas.*

*Alto aquí. Pues me había olvidado que comencé escribiendo una nota. Y no quería decir nada más que esto poco: En esta sección tratamos de hacer buen humor. Porque estamos convencidos de que "quien en cada diez palabras no entremezcla una salada anda de mal humor", como arguía Chesterton autodefendiéndose. Y no sin razón; como quiera que el hombre sano no*

*puede menos de ver el flanco grotesco, chusco e hilarante que tiene la vida. ¡Y cómo abundan en el mundo en que ahora vivimos las grotesqueces, chusquerías e hilaranterías!*

*Pero, como la nota salió larga, demasiado, estará bien que la incorporemos a los Aguafuertes con su nombre propio, bautizándola aunque más no sea en la cola con el título, si les parece, de:*

ARRIBISTAS O DECAPITAMANI-  
QUEOS

EL LIBRO CUMBRE Y LA MEJOR OBRA PARA VACACIONES

PORQUE ES NOVELA Y POESIA Y SOCIOLOGIA

# “Hombres en busca de castigo”

Comienza con un drama autopsicológico, que se sublima en seguida hacia el imperio de las estrellas. Después se exponen en forma clara y brillante los problemas candentes de esta hora trágica en que vivimos.

- ¿POR QUE ESTA EL MUNDO EN GUERRA?
- ¿A DONDE MARCHAN LOS HOMBRES?
- ¿CUAL ES EL UNICO FARO DE LUZ QUE ILUMINARA A LA SOCIEDAD DESPUES DE ESTA CATASTROFE?

Todo esto lo encontrará en

# “Hombres en busca de castigo”

PIDA HOY MISMO ESTA OBRA A

Av. DIAGONAL ROQUE SAENZ PEÑA 501 — Piso 6º

U. T. 34 - 6251

**SAN-BRA** EL ENVASE  
CON SODA **SIN CABEZA**

QUE SE TRANSFORMA EN SIFON AL SERVIR EN SU MESA

**SAN-BRA - SANCHEZ BRAVO, Soc. An.**

LUIS M. CAMPOS 831 U. T. 73 - 0532

# CRITERIO

La revista orientadora por excelencia en el campo social

APARECE LOS JUEVES

**Director: Mons. GUSTAVO J. FRANCESCHI**



“El mérito grande de CRITERIO analizando semanalmente los variados y complejos problemas sociales, está en haber querido aplicar los principios de la perpetua religión de Cristo a la variable humanidad, lo sobrenatural a lo natural, haciendo que de la auténtica verdad brotaran las aguas saludables para todos los espíritus.

“La vasta y eficaz labor que esa Revista ha cumplido con autoridad y mérito, respondiendo, fielmente, al noble propósito que le dió origen, no fué otro que el de servir la verdad católica para orientar a los espíritus observadores y estudiosos.

“Los instrumentos de que CRITERIO se ha valido para la explotación social del caudal riquísimo de la fe y de la moral cristiana, fueron la ciencia y la caridad. Con ellas ha luchado CRITERIO durante quince años contra el naturalismo grosero y el humanismo vicioso, elevando los espíritus, fecundando las mentes, decidiendo las voluntades a realizar en cada sector de las actividades propias lo correspondiente a un recto criterio de vida, pensando que ésta, en cada ser humano, es siempre la realización de un pensamiento divino.

“El trabajo realizado por CRITERIO y el valor de sus grandes enseñanzas ofrecidas en sus páginas, señala esfuerzos ponderables y grandes que no pueden quedar sin destacarse cual merecen, ya que por ellos, no hay duda, se ha dado gloria a Dios, tanto por el bien que en su nombre se hizo a las almas como por la honra que obtuvo la Iglesia, de cuyas enseñanzas deben vivir.

“La revista CRITERIO, nacida para servir esforzada e inteligentemente a la Iglesia, demostrando que ésta es una tradición pero no una rutina, ha cumplido con mérito y honor su noble programa. Nos complace señalarlo así, al formular por su creciente prosperidad y difusión los más expresivos votos”.

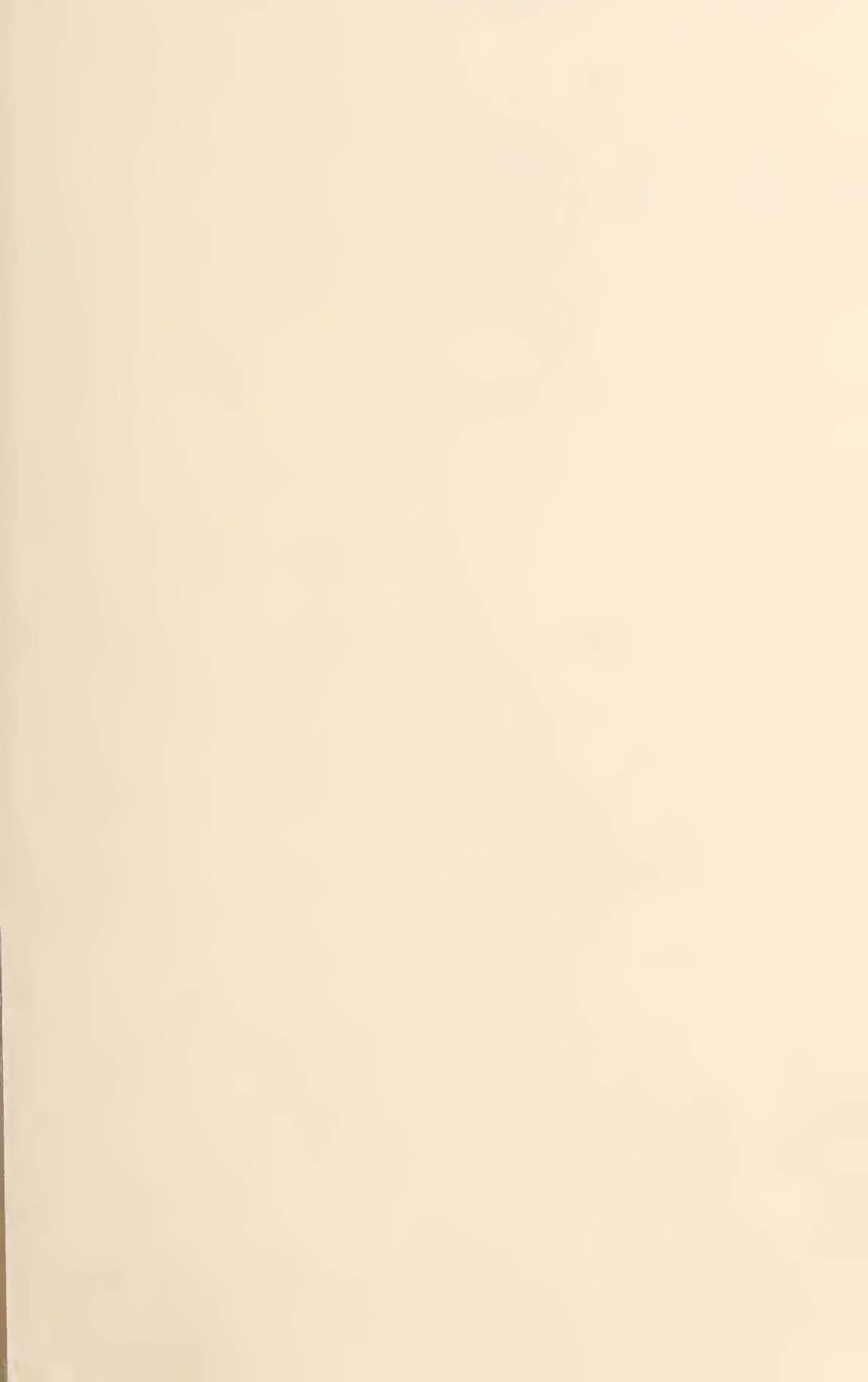
**Fermín E. LAFITTE**  
Arzobispo de Córdoba



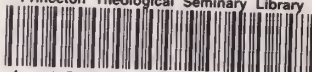
“CRITERIO honra no sólo el pensamiento católico argentino sino el pensamiento sudamericano en general y constituye una prueba elocuente de que también la inteligencia humana es naturalmente cristiana”.

**Tristán de ATHAYDE**





Princeton Theological Seminary Library



1 1012 01471 6932

FOR LIBRARY USE ONLY

RECEIVED

